

Bailando con la muerte. Vol. I

Tiquicia Vargas



Image not found.

Capítulo 1

PROLOGO

Como muchos otros relatos, estos cuentos cortos reflejan la realidad cotidiana de cada personaje dentro de su medio ambiente. En cada historia se abre un mundo de emociones y decisiones que muestran un poco la personalidad de cada quien, la forma en que ve el entorno y por consiguiente la manera en la convive con su propia verdad.

Bailando con la Muerte es la historia que da título a esta colección de narraciones; en su desarrollo nos abrimos a la vivida imaginación de *Lucrecia* la protagonista, quien crea toda una realidad dentro de su realidad y vive una fantasía llena de inquietantes momentos de erotismo y adrenalina. El escenario de la historia es un escenario común, en una ciudad muy afín a muchas otras ciudades, las cuales viven el día y la noche de forma paralela e indiferente al paso tiempo.

Ninguno de los relatos es secuencia del anterior, siendo por consiguiente historias separadas e independientes entre sí. Otro aspecto importante por mencionar es el hecho de que se desarrollan en diferentes épocas y con muy variados desenlaces, abriendo un abanico de posibilidades en la imaginación del lector.

En el desarrollo de cada página, se va consolidado el reflejo de mi mundo físico, de las personas con las que me relaciono y de las situaciones que por una u otra razón han dejado una huella importante en mi memoria. Algunas de estas personas han sido verdaderos guías en la formación de mi propio carácter, otras aun cuando solo me han dejado un sin sabor en el alma, pertenecen a mi historia y les agradezco que me ayudaran a ser quien soy hoy en día.

Gracias por compartir este espacio conmigo.

ACCIDENTE

Inevitable, era inevitable se repetía una y otra vez la pequeña Morín aferrada al volante del Nissan de dos puertas color azul. Su padre se encontraba aún prensado entre el cofre del auto y la pared de ladrillos amarillos de la parte trasera de la casa.

Las sirenas retumbaban a lo lejos, mientras sus vecinos salían a mirar después de escuchar el sonido peculiar del accidente. La niña de ocho años puso su cara más asustada mientras agarraba con más fuerza el

círculo que dirigía el vehículo. Una mujer que siempre la miraba por la ventana desde su casa al otro lado de la calle se apresuró a llegar a ella pidiéndole que estuviera tranquila, con ternura la tomó con sus manos gruesas y la colocó contra su cuerpo acolchado y cubierto por una enorme bata de flores naranjas y rojas.

Morín empezó a llorar como lo había ensayado tantas veces mientras su padre aplicaba los correctivos disciplinarios a su madre, el último aún la mantenía en el hospital. En sus adentros sabía que debía detenerlo, nadie más lo haría, ni su madre que temblaba aterrada cada vez que su marido perdía otro empleo a causa de su temperamento, ni los vecinos que escuchaban las palizas diarias sin hacer nada al respecto. No, ella era la única que podía hacer algo, lo sabía desde que aprendió en la escuela la palabra INEVITABLE, su significado se abrió paso en su mente dando luz a lo que solo era temor y dolor hasta ese día.

Con la tez blanca debido a la presencia de tanta gente curiosa se aferró con más fuerza de la enorme mujer que la sostenía cariñosamente; en sus adentros un remolino de emociones la mantenía sollozante en tanto que la primera ambulancia llegaba al lugar.

Era la primera vez que alguien se acerba a la casa, su mente le decía que ahora ella y su madre no estarían solas, hizo lo que debía para salvarlas a ambas de la terrible crueldad de su padre. El cuerpo aún le temblaba mientras una oficial la llevaba de la mano hacía una patrulla, aterrada pensó que la arrestarían y empezó a llorar nuevamente aún más fuerte, entonces un policía se le acercó y le limpió las mejillas con su pañuelo en tanto le explicaba que la llevarían al hospital donde estaba su mamá. Como por arte de magia el llanto cesó y subió al automóvil suspirando cada vez más tranquila.

Su padre fue declarado muerto en la escena, el detective dijo que el freno del automotor se liberó posiblemente porque el hombre no lo aseguró apropiadamente. Un lamentable accidente que dejó a la mujer convaleciente viuda y la niñita traumatizada.

Morín se cuidó de no parecer contenta las semanas siguientes; su madre poco a poco se recuperó físicamente, aunque el dolor y el temor nunca se fueron de ella.

AMISTAD

Llevaba varias horas en la barra y varias cervezas adelantadas cuando llegó, alto, moreno, con chaqueta de cuero, jeans desgastados. Era hermoso con sus muy definidos noventa y cinco libras de músculos, sus

ojos azul hielo, su metro noventa de altura, su cabello negro azulado. Él lo sabía y desdeñaba a cuanta mujer se le acercaba después de tenerla, sabía que ninguna le diría que no.

Amigos de tantos años, siempre apoyándose cuando algún brabucón le buscaba pelea a alguno de los dos; siempre compitiendo por cuantas mujeres más se habían apuntado, siempre yendo a partidos tenían el chance de ir o jugando en el mismo equipo, uña y mugre los llamaban sus amigos porque siempre estaban juntos.

Dos horas y Maki apenas podía coordinar oración coherente, Anue aún estaba bastante lucido como para llegar a su casa a pie. Eugene les quitó las llaves de sus motocicletas como lo hacía cada vez que alguien se emborrachaba en su bar. __"SEGURIDAD PARA TODOS"__, era lo que decía; nadie le objetaba a dos metros diez y ciento veinte libras de gruesos músculos.

Maki constantemente se sentía pequeño junto a esos dos, con sus ochenta libras, metro noventa de estatura, su cuerpo definido aún se sentía opacado por ellos. A Eugene lo apreciaba de verdad, era buen amigo cuando necesitaba uno y Anue no estaba cerca. Con Anue la historia era distinta, estaban tanto tiempo juntos que le fue inevitable sentir algo más, Anue era para él la persona más importante de este mundo, más importante que él mismo, no podía evitarlo, se enamoró perdidamente desde la primera vez que este le apoyara en una difícil situación. Nadie más lo hizo.

Maki escondía eso como un secreto, uno que nadie sospecharía pues su conducta siempre era normal, acorde a su reputación bien trabajada. Era un buen macho y nadie lo pondría en duda jamás.

Mientras Anue le conducía afuera cargándole como tantas otras veces le miró un momento con esa sonrisa que le derretía el alma, la que a duras penas resistía, cuando alargaba sus labios de esa manera y su cantarina voz fluía no deseaba otra cosa más que besarle. __Un momento iré a recoger tu chaqueta__, le dijo con un brillo en los ojos, amaba ese brillo.

Se apoyo en el muro disimulando su bien ensayada borrachera, de esa forma podía sentir ese cuerpo que ansiaba desesperadamente tocar, colocándose en el ángulo adecuado podía ver el trasero de su amor, aunque era algo que jamás admitiría en público.

Fue allí cuando todo se enloqueció para él, ver lo que vio terminó con la poca cordura que tenía, el beso prolongado de Eugene y Anue mientras se pasaban la chaqueta marrón de Maki acabo con su alma en un segundo. Nada le quedaba, ninguna esperanza y recordó cuantas mujeres pasaron por sus manos, cuantas mentiras para mantenerse junto a él, aunque

fuera de esa forma. Nada le quedaba ya, nada en absoluto

Anue le dejó en su apartamento, colocándole sobre la cama le miró con sus hermosos ojos, le dio un beso en la frente y sonriendo le dijo ___Duerme hermano___, fue la última vez que pudo sentir algo.

DIEZ AÑOS DESPUES

Un Maki más maduro abrazaba fríamente al joven moreno que compartía esa noche con él, uno de tantos otros. Recordaba apesadumbrado a Anue, era lo único que podía sentir cuando pensaba en él, pero ninguna otra sensación le era perceptible después de esa noche.

En las noticias de las once una noticia por fin le arrancó las lágrimas que había ahogado tanto tiempo, durante un asalto, Eugene y Anue, copropietarios del bar resultaron muertos mientras cuatro hombres irrumpían en el local. La policía sospechaba que los dueños opusieron resistencia cuando los delincuentes empezaron a disparar.

Algo se removió en Maki, algo que no recordaba que estuviera allí.

BAILANDO CON LA MUERTE

Parte I

ENCUENTRO

Sentada frente al ordenador, seguía con la mente en blanco después de varias horas de tratar en vano de concentrarse, ¿cuánto puede durar un bloqueo mental, horas, días?; el suyo llevaba semanas y aún no encontraba esa palabra mágica que la hiciera arrancar con la historia adecuada. Era una escritora de buenos ingresos, con prospectos prometedores en puerta tanto en su trabajo como en su vida en general, todo lucía estupendo para Lucrecia en ese momento y nada la iba a desviar de ese camino. Poco a poco el sueño la fue venciendo, aunque su mente seguía despierta.

De cuerpo esbelto, no muy alta, con porte latino, sus movimientos siempre improvisados le habían ganado el apodo que sus vecinos en el condominio le dieron desde el primer día de mudanza, la Mulata de Fuego.

Lucrecia era hija de un empleado postal y una camarera de tiempo completo en el centro de Valencia, ciudad a la que ambos llegaron como inmigrantes legales veinticinco años atrás; esto le dio a Lucrecia la

oportunidad de estudiar y fijarse una brillante carrera.

Sobra decir lo orgullosos que estaban como padres de una joven tan centrada y preparada como lo era su única hija. A sus escasos veinte años, era ya una promesa literaria reconocida en el medio local. Dos libros publicados que seguían vendiéndose como pan caliente son prueba de ello.

Harta de esperar que una chispa le ilumine, apagó el computador por el resto de la tarde; decidió darse un baño de tina, de esos baños largos con sales aromáticas y flores flotando en el agua tibia. Su cuerpo de chocolate maduro descansaba placido dentro de aquella relajante combinación de olores y vapores húmedos que envolvieron su cansada mente.

Afuera el bullicio de automóviles y personas proseguía indiferente, mientras dentro de la habitación pulcra de piso a techo, la joven se viste cuidadosamente con un ligero atuendo de organza azul oscuro que dibuja insinuante una silueta de guitarra española; el cabello suelto, un maquillaje sencillo pero bien aplicado y unas bragas de encaje negro completaron su atuendo, esta noche saldría a cazar.

Llegó al salón de baile algo temprano, con una rápida mirada escudriñó el lugar completo; aunque el movimiento ya se sentía, aún no habían prospectos interesantes para pasar el rato.

Se sentó en una mesa para dos esperando que algún valiente hiciera el primer movimiento, nunca fallaba. Cada vez que iba le sobraban invitaciones de todo tipo, cada vez escogía a algún turista que se marchase al día siguiente; no estaba interesada en un romance de más de una noche, unas horas de compañía era todo lo que requería y nada más.

Después de los primeros diez minutos el primer sujeto se acercó, con dos copas en la mano listas, pero ella no solía nunca aceptar la primera invitación. Los dos siguientes en intentarlo tampoco tuvieron suerte; fue hasta el cuarto que ella se interesó, un joven tal vez tres o cuatro años mayor que ella, un poco más alto, no demasiado corpulento, con facciones de hombre bien definidas pero suaves al mismo tiempo, una presencia agradable en verdad.

En seguida la conversación cambió de saludos y presentaciones a risas y miradas llenas de comedimiento; esto ante los individuos que mostraban su envidia por la suerte de aquel extraño de cabellos castaños y ojos cafés.

Mientras él le hacía señas al camarero que se abría paso con dificultad en el salón cada vez más lleno, Lucrecia lo miraba estudiando sus facciones, su pinta, sus ademanes, así podría adivinar de donde provenía. El se volvió hacia ella y le preguntó si vivía en la ciudad o si solo estaba de

paso, prefirió contestar como siempre lo hacía, con otro nombre y una historia creada en el momento. __"Soy modelo y estoy aquí para una sesión de fotos en la mañana"__ dijo.

El sonreía tan cautivadoramente que en su interior no podía sentir más calor, entre sus piernas parejas y bien moldeadas un cosquilleo le subía y bajaba sin darle tiempo a coordinar bien sus otros sentidos, Lucrecia deseaba ir a un lugar más íntimo, más secreto y silencioso para dejar escapar el fuego que empezaba a arder tan fuerte e implacable dentro de ella.

El camarero anotaba en su tabla una botella de vino blanco de buena calidad, antes de marcharse en dirección del bar atiborrado de personas y grupos que conversaban y reían indiferentes a todo lo demás; regresó después con la botella, dos copas y un par de posavasos de vidrio decorados con buen gusto. Entretanto la pareja coqueteaba mutuamente en una pista de baile muy concurrida, giros y movimientos prolijos de dos hábiles caderas daban fe de una habilidad innata para la danza.

Después de beber la botella entera, él dice que sería bueno ir a otro lado, le invita a dar un paseo, así alcanzaría a conocer un poco mejor la ciudad ahora totalmente iluminada por las lámparas de los comercios y salones de baile que vibraban de vida y ritmos ensordecedores.

Lucrecia estuvo de acuerdo caminaron despreocupadamente por las calles de cemento crudo, curtidas por el clima de la ciudad. Con ayuda del alcohol el calor en ambos empezaba a subir aún más de tono, las miradas y las manos se buscaban desesperadas, ansiosas por encontrarse.

A pocos pasos estuvieron en medio de una calleja oscura y despoblada, era el lugar ideal, entre los besos y las caricias cada vez más intensas el encuentro pasó de solo eso a un choque titánico entre dos universos deseosos de fundirse entre sí. Las manos de él le habían levantado el vestido, jugaban a pleno entre sus piernas, dentro de las bragas negras de encaje y de nuevo en sus piernas lisas y suaves. Lucrecia se sintió transformada por completo, acariciaba ansiosa el pecho del joven, su espalda, luego su trasero firme y bien formado. Esa sonrisa hipnótica la tenía descontrolada, quería robársela y usaba su lengua para tratar de ahogarla.

El calor llegó al grado del éxtasis cuando un pene firme y proporcionado la invadía sin aviso alguno, suave y delicado entraba y salía casi al mismo tiempo sin darle tiempo a respirar.

Cuando el encuentro estaba por terminar y los ojos de ambos recobraban su color original, las manos de él aún acariciaban los dos muslos de Lucrecia que recobrando el aliento pero todavía jadeante le mantenía una mano en el cuello mientras la otra sacaba una pequeñísima aguja que se

hundía en la yugular del joven poseído instantes antes por ella.

Un poderoso veneno de fabricación casera hacía de las suyas en el torrente sanguíneo haciéndolo caer al suelo desplomado por su peso, falleció en segundos. Lucrecia se apresuró a acomodarse las ropas nuevamente y cautelosa dejó la calleja por el lado opuesto al que había entrado, asegurándose de que a esa hora ya no había transeúntes que la identificaran después.

Días después de aquella noche las noticias locales anuncian el hallazgo del cadáver de un joven de veinticinco años de edad, residente local e hijo de uno de los detectives más antiguos del departamento policial. Arturo Lazcaino era el único hijo varón y el orgullo de su padre, buen estudiante, querido por sus amigos y por sus profesores, un joven con un futuro más que prometedor en Ingeniería civil.

La periodista daba los escasos detalles proporcionados por el departamento de investigación forense asignado al caso, Lucrecia escuchaba desde su sofá con una taza de café helado en sus manos, no podía dormir pensando en todas las sensaciones de aquella noche.

Nunca le había pasado, generalmente olvidaba todo una hora después, pero este fue diferente, sus manos, sus besos, su cuerpo entero se sintió reinventado. La forma en que él la penetró fue tan suave, como si su órgano fuera una parte natural de ella, sus pensamientos la mantenían deslumbrada; lo deseaba, lo quería de nuevo pero ya era tarde, a sus manos encontró la muerte tan rápidamente como todos los demás. Arturo era ahora la última de su larga lista de víctimas.

No solo este deseo le era incomprensible, también el extraño bloqueo mental continuaba atormentándola con mayor insistencia, en su mente giraba la imagen de aquella sonrisa, una y otra vez volvía a ella sin poder evitarlo.

La policía investigaba esta vez con mucho más empeño, ya no se trataba de un turista imprudente encontrado en la zona, ahora era alguien de allí mismo, con familia en la comunidad, familia que exige respuestas.

Tan pronto como acabara el noticiero, se quedó petrificada al darse cuenta de que se había equivocado por completo, su víctima no era un extranjero que nadie extrañaría, ¿Cómo?, ¿Ahora qué pasaría?, ¿con ese nuevo tesón en dar con el asesino serial que buscaban, no tardarán en dar con migo? Se preguntaba una y otra vez una asustada Lucrecia.

En la calle, las patrullas hacían notar su presencia para calmar a la población inconforme con su paciencia ante los asesinatos de hombres jóvenes. Piden acción y el departamento de uniformados hará lo necesario

para parar a ese asesino serial de una vez por todas.

Parte II

REVELACIÓN

La mañana llegó sorprendiéndola acurrucada en el cómodo sofá, allí se quedó lo que restaba de su turbulenta noche. En cuanto el sol le pico los ojos su instinto empezó a reaccionar, tenía asuntos que atender y no quería que nadie descubriera lo turbada que estaba. Con gran arte manejó el día, cumpliendo con cada cita sin mostrar su azoramiento mental.

Al llegar a casa dejó sus cosas sobre el mueble de la entrada y se dispuso a preparar una cena sencilla, aunque su apetito desde su última salida era pésimo. Con muchos conflictos emocionales sin saber porque, no dejaba de pensar en él, no podía más que pensar en el encuentro fogoso de ambos y en la mirada que intercambiaron mientras se desplomaba sobre el suelo.

Las semanas transcurridas, pocas a decir verdad la convencieron de lo que ya sabía sin confesárselo, se había enamorado desde el instante mismo en que le sonrió, no podía hacer nada en absoluto, ya era demasiado tarde para darse cuenta.

Con tal revelación su no lograba soportar un minuto más el yerro, la desazón que la embargaba y ahora sabía bien la razón; en el frasco quedaba una buena cantidad de veneno, suficiente para dos o tres cacerías más. Su mente divagaba en los instantes tan placenteros que pasó con Arturo, luego frente al espejo observaba su vestimenta, de pies a cabeza se veía igual que ese día, se acomodó sobre la cama, sorbió el líquido de una sola vez y cerró los ojos.

La policía ya sabía que todos los asesinatos se sucedían con semanas de separación, que habían comenzado casi un año antes, que en todos, los hombres habían salido de distintos salones de baile, siempre acompañados por la misma mujer, con la descripción detallada de ella y un dibujo hablado, no pasaría mucho antes de que alguna persona la identificara más plenamente, así fue.

Eran pasadas las tres de la mañana cuando cuatro patrullas y un equipo de detectives se presentaron en el condominio donde Lucrecia vivía. Subían las escaleras desde todos los puntos, el único elevador del edificio de cinco pisos también estaba custodiado, no había ya escape posible. Cuando el hombre de mediana edad tocó a la puerta ni siquiera podía imaginarse lo que encontraría dentro. El silencio absoluto no presagiaba nada bueno.

Minutos después dos musculosos brazos blandían un enorme ariete contra la fortificada cerradura anti robos, con dificultad los hombres armados entraron al lugar buscando a la ocupante del departamento perfectamente ordenado. Sobre la cama en la habitación principal el cuerpo sin latidos de Lucrecia lucía laxo, apenas cubierto con las bragas de color negro y el atuendo de organza azul oscuro, a su lado un jarrón con flores de Acónito Azul decoraban la mesita de luz. Horas después el forense determinó que la causa de la muerte era el mismo veneno que había usado en todos los asesinatos.

Pronto la mulata se percató que su departamento se llenaba de gente que no invitó, nadie parecía escucharla o verla. Eran destellos lo único que lograba percibir en ese momento cuando una mano la tomó por un hombro obligándola a girar. Frente a ella se encontraba Arturo de pie, con la mirada fija en su rostro, ¿Qué hacía allí, cómo llegó hasta su casa?, un muy confundido fantasma buscaba coordinar idea alguna, pero antes de hilar cualquier frase el abrió la boca para morderle los labios con un beso que le quitó el aliento por completo; ___" te esperaba mi ángel de la muerte ___te espero desde el momento en que me cegaste la vida___ te espero desde el día en que te vi bailando por primera vez en aquel salón___ sé quién eres y por más que traté de convencerme que entregarte a mi padre era lo mejor, no pude"___.

Cada palabra de Arturo la confundió más aún, ¿Por qué permitió que ella lo matara?, ¿Lo sabía todo, por qué no la denunció?. Sus manos la recorrían nuevamente mientras ella lo escuchaba y se preguntaba lo mismo una y otra vez. Sin darse cuenta yacía desnuda sobre la cama, bajo el cuerpo caliente de él; sus manos la cubrían, jugaban con ella, con habilidad la dominaba completa y ella no soportaba más, en un estallido de fuego se aferró a su espalda, no quería soltarlo de nuevo, cuando su pene la penetró gimió como nunca, una y otra vez hacían el amor desenfrenadamente, al tiempo que el forense recogía el cadáver recién descubierto.

Lucrecia despertó jadeando, aún vestía la camiseta ceñida de mangas cortas y el pantaloncillo a rayas que combinaba, ante su vista cada palabra de esta recién contada historia.

BALERINA

Dana ha practicado toda su vida, sabiendo que tenía futuro dentro de los escenarios del ballet profesional. Su figura de cisne, su altura y su suavidad sobre dos zapatillas eran la envidia de todo el elenco.

Cuando llegó a la ciudad seis meses atrás, fue directo al teatro para audicionar ante el director general del ballet, la coreógrafa principal y dos de los integrantes del elenco, en ese entonces las figuras principales. Bailó determinada a hacerlo perfecto, un fouetté tras otro sincronizando cada giro con la música a la perfección. Su arabesque balanceado como si flotara sobre el lustroso piso del salón espejado. Era magnífica y lo sabía.

Ese mismo día fue ingresada como parte del elenco que tanto admiraba, era la última en la línea y apenas se distinguía entre los bailarines que la acompañaban, pero empezaba a realizar su hermoso sueño y eso era más que suficiente en ese entonces.

Dana no había mermado en su entusiasmo e interés, practicaba disciplinada y ascendía rápidamente en el elenco, estando ahora entre las primeras cinco bailarinas.

Una presentación importante en el calendario se aproximaba y Dana esperaba expectante la gran noche. Sería la primera vez que estaría casi en el centro del escenario, una formación perfecta según ella para ser notada y admirada como siempre quiso. Era solo cuestión de tiempo para llegar a ser la primera, la principal, la mejor y lo lograría.

Inconsciente de su entorno y de las demás bailarinas Dana continuó practicando y mejorando aún más; una mirada rabiosa la seguía mientras ella danzaba concentrada siguiendo las instrucciones que le daban con la precisión de un cirujano. Desde el final de la formación, una pelirroja trataba de seguirles el paso a las demás, pero apenas se podía concentrar en sus propios pasos; la ira la cegaban haciéndola cada vez más torpe.

Cuando en su equivocación giró perdiendo el paso el director decidió que era mejor sacarla de la escena para evitar un falló en la presentación; ella era prescindible según las palabras del asistente general, palabras que lamentaría después.

Dos días más tarde una mujer iracunda se presentó en el teatro decidida a terminar con todos. Pistola en mano caminó por los pasillos que daban a los vestidores y las oficinas administrativas, su primera víctima quedó tendida frente a su puerta, unos metros más allá otras dos desventuradas almas cayeron juntas cuando trataron de detenerla. Continuó disparando a todos los que se le paraban enfrente, hasta que en el temor y la confusión que se hizo solo quedaban ella y los pocos que atrapados se escondían como podían tratando de salir convida.

Caminó hasta las oficinas, poco a poco se dirigió sin hacer ruido hasta que quedó frente a la puerta de madera que resguardaba a las últimas dos personas que debían morir. Toco el picaporte y al no ceder le disparó para entrar, a partir de allí disparó en el interior una y otra vez hasta quedarse

sin balas.

La policía se movía hacia ella, pero se quedaron estáticos al verla reír histéricamente mientras Dana y el gerente del teatro se desangraban desnudos en el suelo alfombrado.

CASA DE RICOS

Asaltaron esa casa alrededor de las seis, como estaba planeado, eran cinco y debía ser sencillo, después de todo cuantas sirvientas podían tener en la casa en ese momento. Era pan comido

Primero cogieron al esposo en el pasillo de la entrada, mientras los otros tres buscaban a las mujeres que debían estar en la propiedad también; solo encontraron a la esposa en la cocina. __Tal vez les dieron el día libre__, dijo uno de los asaltantes.

Con mascaradas de colores cubriéndoles la mayor parte del rostro era difícil que los identificaran plenamente, encima entre ellos se parecían mucho, mismo color de ojos, de cabello, misma altura, como si fueran clones con ropas distintas.

Con la pareja bien asegurada en una de las salas de estar, cuatro de los maleantes se dispusieron a buscar por toda la casa; arriba, abajo, dormitorios, oficina. Era como si toda la casa fuera casi solo un cascaron con únicamente lo más indispensable.

La pareja se iba, lo notaron por las maletas y el baúl de madera lleno de ropa y algunos efectos personales de poco valor. No encontraron las joyas, el efectivo o alguna obra de arte de esas que los ricos compran por miles de dólares.

¿Dónde estaba todo lo bueno, todo lo de valor?

Algo pasaba aquí lo sabían, en el barrio esas cosas solo se dan cuando una familia era desalojada de su casa, pero eso no pasaba con la gente rica, la gente como ellos.

__ ¿Donde tienen lo de valor?__, preguntó el que parecía ser el líder al hombre fuertemente amarrado en el suelo.

__El banco embargará todo lo que vez en la mañana __ Nosotros estamos en quiebra __. Contestó el hombre con audible temor en la voz.

El asaltante pareció entrar en una especie de rabieta épica, pues tan pronto el hombre rico terminó la oración, se le abalanzó con una ráfaga de golpes y patadas.

Insultos en todos los tonos posibles venían de los otros cuatro individuos, la mujer gritaba desahogada suplicando por su marido que ya no era un hombre joven.

La locura reinó en la habitación y luego el silencio. Un disparo perforó la sien derecha de la primera víctima; todos se callaron mirando como el cuerpo inerte caía sobre su costado pesadamente. En seguida una segunda detonación terminó con la vida de la mujer.

Sus suplicas ya no eran oídas, los ladrones estaban furiosos, nada en la vivienda tenía valor alguno, debido a que el banco ya tenía lista la propiedad para rematarla. La pareja debía irse en la mañana a otro lugar, uno que sí pudiesen pagar.

Los cinco forajidos llegaron por riquezas a un lugar que ya no ofrecía ninguna.

CRÓNICA DE UNA MUERTE

Toda historia inicia casi sin querer, con una idea simple o una frase, pero ¿cuántas de esas historias inician con una muerte? La muerte de alguien es un hecho que debe registrarse, para saber cuántos somos y cuantos quedamos en este mundo. Victoria empezó relatándole a su diario como murió Barec, su compañero, su amigo, su amante y su verdugo.

DEL DIARIO DE VICTORIA

“El 16 de noviembre soplaba un viento frío que anunciaba tristeza, lo sentí y no podía imaginarme el porqué de semejante sensación, como si invocara al diablo Barec a pareció en la entrada gritándole al vecino por alguna tontería sobre su perro. Era un día normal y yo ya estaba acostumbrada a sus arrebatos de macho rudo.

No era así al principio, él era más sensible, de carácter calmado o tal vez era una apariencia vacía diseñada para venderse como esos productos bonitos que terminan siendo un desperdicio de dinero.

Ese día Barec buscaba las llaves de su moto, siempre las colocaba en el bolsillo de su Jaquet pero en su lugar las dejó en la mesita del teléfono, gritó un poco más antes de mirar a su alrededor. Frustrado y colérico se marchó dejándome la cabeza en un estado de agitación. Lo mejor que

podía hacer era quedarme callada y rogar en silencio porque agarrara pronto la calle; vendría tarde, bebido y me dejaría en paz hasta el día siguiente.

No sé cuando empezamos a llevarnos de ese modo, últimamente pasaba más tiempo evitándole cuando estaba en casa y él pasaba cada vez menos con migo también. Esa mañana se fue entre gritos y maldiciones proferidas con ira y veneno hacía todos, fue el último día que lo vi vivo y roge por no verlo más.

Creo que mi deseo se cumplió.

El reloj marcaba las dos de la tarde cuando me llamó la policía para que me presentara en la medicatura forense, su moto fue sacada del camino por un automóvil desconocido. Tenía el cuello roto, el lado izquierdo del rostro en carne viva debido al arrastre sobre el asfalto, el lado derecho estaba inflamado por el golpe, sus manos destrozadas cuando trató de usarlas para protegerse, y sus ojos cerrados.

En su trabajo me dijeron que había recibido amenazas, pero jamás puso una denuncia o mencionó nada sobre ellas. Como su esposa me entregaron sus pertenencias que eran pocas en realidad, entre ellas una foto conmigo cuando recién nos conocimos y otra con una mujer algo mayor que yo junto con dos muchachitos de escasos seis años.

Creo que mi deseo se cumplió y me siento vacía por dentro, como si su muerte me condenara a mi también”.

CUANDO EL AMANECER LLEGUE

No sabía bien como decirle, no quería que nadie le avisara antes de que ella pudiera enfrentarle personalmente, le amaba, debía saberlo, le amaba y tenía que ser ella quien se lo dijera. Con la mirada fija en la casa de su amor, Diana entró por la puerta de atrás de la casa, justo la que está en la cocina donde tantas veces rieron y disfrutaron de la compañía mutua.

Cielos era tan difícil confesarle que lo había hecho por ambos, porque fue por ambos, no había duda de eso. Unas sirenas, la casa rodeada de patrullas y todos los vecinos aún con ropas de dormir esperando que la sacaran esposada de la vivienda.

Diana no entendía, seguro creyeron que se trataba de un invasor, tal vez la confundieron o solo escucharon el ruido del cristal, ya que ella perdió su llave sin darse cuenta. Era un malentendido, lo aclararía todo apenas hubiera hablado con él. Indudablemente se abrazarían y haría en amor

como aquella tarde. Fue una estupenda tarde, su boca, su sexo, su aroma sobre el de ella, todo en él le gritaba que la amaba, todo le decía que era solo suyo, que la necesitaba más que a su propia vida.

Pero cuando apareció en sus vidas todo fue en caída libre, no sabía porque si eran la pareja perfecta, se amaban, deseaban estar juntos pero esa sobra que cayó sobre su felicidad lo amenazaba, eran uno y así seguirían siendo.

La policía nuevamente haciendo un llamado, querían que se entregara pacíficamente, pero estaba segura de que él lo arreglaría todo en cuanto se despertara. Sobre la cama tumbado parecía dormir plácidamente con tanto ruido, era increíble. Diana quería que despertara, que la abrazara y la protegiera; pero ya no era posible, su mente no podía percatarse de la realidad, el color rojo de las ropas y las sabanas era como una tinta que creía natural de las telas, como esos dibujos hechos con manchas incomprensibles que se vendían por miles de dólares en las galerías de arte donde trabajaba.

Al otro lado de la ciudad otro hombre yacía muerto en el piso de su sala, desangrado por las heridas ocasionadas por la enloquecida mujer. Ella que lo había dejado todo por ese hombre que ambos compartieron brevemente; se presentó en su apartamento para exigirle que se alejara, para convencerle de que no era normal el amor entre dos hombres, no era natural, él era solo suyo; pero las cosas se salieron de control, el joven amante la miró con desconcierto, luego la enfrentó echándole en cara que ellos iban a mudarse juntos. Un disparo, luego otro, no tenía oportunidad, murió en un par de minutos.

Diana salió del lugar con la mente perdida, cruzo la ciudad de vuelta hasta la casa de él. Pero tuvo que entrar por atrás pues su llave se había perdido, pero no estaba perdida, la dejó tirada en la puerta del apartamento de aquel desgraciado, de aquel individuo que se metió con su amor corrompiéndole. Ahora ya no estaba, ya no los molestaría más.

En la cama su amado cumplía con la treceava hora de fallecido, en la calle la policía se preparaba para entrar a la casa cuando un disparo enmudeció todas las voces.

CUENTO DE TERROR

Llegó la hora, el anuncio hizo que un escalofrío le recorriera el cuerpo, jamás había desobedecido antes, jamás hizo nada que la pusiera en riesgo o le demandara una respuesta inmediata sin un previo análisis de las consecuencias. Para ser su primera vez como infractora, estaba muy

tranquila, como si lo único que pudiera hacer en la vida era cruzar esa puerta, ni siquiera consideró devolverse cuando el vértigo se apoderó de su estomago o cuando sus piernas trataron de revelarse al temblar dramática mente con cada paso que la acercaba a la vieja casa.

Pero no estaba sola, todos estaba allí presentes, todos sabían que si se devolvía seria asediada por el resto de su vida, marcada como una cobarde, como una perdedora y ella no podría resistir que su magnífica reputación escolar la marcara, no ella sabía que debía demostrar su punto. Después sería la reina del baile, la presidenta escolar o la capitana de porristas, no había límite para lo que lograría al demostrar que no había nada que temer, ella entraría y saldría con una prueba en la mano, una de las fotografías que colgaban en la polvosa sala y que podían verse desde la ventana.

Solo debía tomarla y mostrarla en la puerta, sus compañeras tomarían fotos con sus celulares y los colgarían en sus páginas, para demostrar que lo había hecho en verdad. Con propiedad se puede afirmar que es un reto muy simple o no?

Caminó entre todos, con sus nervios controlados, solo un fino hilo de sudor bajando por un lado de su juvenil y maquillado rostro, levantó su pie y lo puso sobre el primer escalón, luego el segundo, el tercero y el cuarto, quería tomarse su tiempo, no podía demostrar pánico ante nadie. Al llegar al pórtico enmohecido por el tiempo tomo el pomo de la puerta principal, deslizándose delicada mente en la abertura que servía de puerta principal, todos miraban por la ventana, ella caminó cautelosa por la sala, alcanzó una de las fotografías y regresó a la puerta. Los vítores de todos, aplausos y flashes inundaron la noche, lo había logrado.

La fama escolar era la mejor recompensa que iba a obtener y el esfuerzo lo valía. Pero devolverse a colocar la fotografía en su lugar no estaba en el reto y ella quería conservar un recuerdo de su colosal triunfo ante las petulantes del salón. Con el retrato en la mano se dirigió a casa, antes de que sus padres se enteraran que había salido por la ventana posterior. Una vez en su habitación pudo dejarse caer sobre la alfombra decorada, sus piernas por fin lograron revelarse y sus manos estaban húmedas por el salino líquido; todo había pasado y ella era la ganadora.

Con su pijama y su cabello bien acomodado ella entró en la cama; no quería pensar en la fotografía que dejó sobre la cómoda o en el extraño sentimiento que tenía desde que salió de la casa en ruinas. La sensación de ser observada era palpable, casi sofocante. El sueño no tardó en presentarse, pero aún dormida podía sentir esos ojos penetrando su morada, su santuario. La imagen de la anciana la observaba recriminatoriamente, como si con los ojos le gritara que no debió perturbarla, que no debió quedarse el retrato. El sudor la bañaba por completo, el rostro transfigurado de ira y reprobación la asediaban, la

fiebre de la culpa por tomar algo que no debió tomar y conservarlo sin ningún derecho le impedían respirar. Sudaba helada mente bajo las mantas acolchadas de mariposas. Unas manos secas y desprovistas de carne le envolvían la garganta impidiéndole respirar, se ahogaba tratando de pedir ayuda, pero fue inútil, el amanecer llegó a su habitación iluminando su cuerpo desfallecido.

Cada mañana ella acostumbraba levantarse temprano y saludar a sus padres con un beso y un café recién hecho, pero ese día no lo hizo; su madre fue a buscarla, era raro que aun enferma no escapara de la cama en cuanto los rayos del sol se introdujeran en su dormitorio. Los gritos sacaron al padre de la ducha, apenas envuelto y todavía enjabonado corrió con su esposa. El cuerpo inerte de la muchacha yacía colocado extrañamente con un cordón de la cortina en su garganta, no había señales de lucha o de que alguien más estuviera en la habitación; solo la extraña sensación de temor que se impregnó en el lugar. En la cómoda el rostro sonriente de una vieja mujer en un marco descolorido por el tiempo.

DULCE SUEÑO

Mientras sus brazos le rodeaban, ella solo podía pensar en lo que sucedería cuando llegara la mañana. Su cuerpo había dejado de tensarse y poco a poco estaba más relajado; sin ruidos provenientes de la calle se dedicó a cavilar mentalmente sobre los hechos de esa semana.

Desde el lunes todo fue en picada hasta esta noche, cada minuto, cada segundo transcurrido presionó sobre su cerebro hasta que se quebró por completo. Nada parecía solucionar la situación que tenía entre manos, ¿cómo habían llegado a este punto?, todo fue tan pensado, tan conveniente que casi parecía estar dispuesto por una fuerza poderosa, como peones en un juego estúpido y sin escrúpulos.

La deuda era de millones, ¿millones?, ¿cuándo la compañía se desvió tanto?. Ahora que las autoridades estaba tras ella todo era tan hueco, tan soso; bien ya no hay marcha atrás. Con las manos entumecidas trató de acariciar por última vez a su marido antes de dejarse llevar por el sueño, sabía que el efecto del medicamento sería lento, pero esto era casi desesperante, ¿cuánto más podía tardar?.

Un ligero gruñido desde su costado le indicó que él estaba tratando de moverse aún dormido, si él supiera lo que ella había hecho, lo que ella decidió hacer, la solución que encontró, pero no, era mejor así, que no

supiera.

En la cómoda dejó una nota con las explicaciones necesarias, todo estaba allí, y si no entendía el periódico le aclararía lo demás; estaba segura que cuando la noticia saliera a la luz el escándalo le llegaría, pero estaría fuera de los problemas legales, ella misma se encargó de dejar todo aclarado en su confesión, después de todo ella era la gerente ejecutiva, ella y nadie más.

Cuando ingresó a la compañía su sueño era distinto, se veía a sí misma luciendo trajes ejecutivos, dando órdenes desde una elegante oficina y conduciendo un gran automóvil, luego lo conoció. Alto, fuerte, decidido y sobre todo con su propio y productivo negocio.

La boda fue, rápida pero era de esperarse, él no podía dejar su negocio y ella tenía ocupaciones también, el sueño de una gran vida juntos era algo sacado de un cuento de hadas, donde ambos realizaban sus grandes sueños y encontraban el amor verdadero, ¿qué tonto sonaba eso ahora?.

Todo marchó bien, muy bien desde el principio, el sexo era la mejor parte, su vida se sentía plena y segura, plena y feliz. Ahora que se disponía a dormir no podía dejar de lamentar dejarlo solo, André era un hombre maravilloso pero se repondrá a su partida, con el tiempo lo logrará.

El sueño la fue venciendo hasta que por fin cerró sus ojos por última vez.

Unas semanas después.....

Un hombre joven, alto, de ojos oscuros se presentaba en el banco internacional para hacer una transferencia importante a sus cuentas bancarias en el extranjero; la razón debía abandonar el país por razones económicas, sus negocios requerían que se trasladara a una nueva sede en otro país.

Al llenar la solicitud André no se presentó con ese nombre, ahí se hacía llamar Sídney Adams. La transferencia de varios millones a tres cuentas diferentes se hizo de forma normal y la confirmación tardó menos de lo que esperaba.

Ya en el aeropuerto un contingente de oficiales estaba prevenido esperando que el arribara para tomar su avión. Las autoridades que siguieron el caso del desfalco lograron detectar como él había usado las claves del ordenador personal de su esposa para ingresar a sistema de la compañía.

Su mayor habilidad consistía en embaucar mujeres jóvenes e ingenuas, con posiciones importantes en compañías de prestigio para obtener información confidencial sin que ellas lo supieran, era un profesional con

una técnica casi indetectable hasta la muerte de Laura, la cual aun no se establece como un suicidio.

EL DESFILE DE LOS SAPOS

Cada año la villa se ilumina con la celebración anual, luces, guirnaldas, bailes y fiestas por todo el lugar, es un gran suceso que termina con un desfile de disfraces y carrozas. No hay un solo ciudadano que se lo pierda, se trata de un acontecimiento único lleno de vida, color y alegría.

En una de las viviendas, la familia entera que la habitaba se disponía a salir rumbo a la plaza principal cuando un vehículo todo terreno se estacionó justo en la entrada, descendieron de las cuatro puertas tres hombres y una joven de escasos trece años cumplidos, se empezaba a notar el desarrollo insipiente mezclado con detalles infantiles aún frescos en su cuerpo. Los hombres, dos jóvenes y uno mayor se acercaron a la puerta principal, dejando a la muchacha junto al coche. Dentro de la vivienda un hombre de mediana edad trataba de esconderse disimuladamente mientras su mujer y sus hijos atendían a los visitantes.

El hombre mayor de ceño fruncido y mirada iracunda preguntó por el señor de la casa, ___"No lo escondas"___, dijo tajantemente mientras entraba a la residencia casi derribando a su propietaria en el camino. La mujer preocupada empezaba a temblar ante los dientes rabiosos que se le mostraban.

Los dos más jóvenes esperaban en silencio, uno en la puerta no dando oportunidad a nadie a salir por allí, el otro miraba atento a un lado de la casa; donde una pequeña entrada conducía a la parte trasera de la modesta propiedad. En un segundo se escabulló sin que nadie dentro de la misma lo notara.

Un grito, un forcejeo advirtió a los otros dos que lo que buscaban trababa de huir. A saltos y zancadas lo tenían preso en una encarnizada paliza; llamados desesperados de auxilio, patadas, golpes bajos y mucha sangre era lo único que llenaba el ambiente en el pequeño jardín trasero.

Todo se calmo tan rápidamente como había iniciado; sobre el césped mal podado el cuerpo inservible de un hombre de escasos cuarenta y cinco años se encontraba tirado, el resto de los familiares que a gritos pedían ayuda a algún vecino, se callaron al notar que ya era tarde. Nadie escuchó nada, cada casa en la calle estaba ya vacía por las celebraciones en el centro de la ciudad.

Reinando ahora un incómodo silencio, uno de los dos jóvenes trajo a la muchacha que aún esperaba en el frente; ___"Míralo"___, le ordenó halándola de uno de sus delgados brazos, ___"No volverá a tocarte"___, no pronunció nada más.

La familia se miró con confusión, no podían esbozar palabra alguna y sin más dejaron que los hombres y la chica se marcharan tal como habían llegado. Una viuda y sus hijos corrieron hacía el cuerpo vacío, mientras la ciudad entera disfrutaba del Desfile Anual de los Sapos.

EL DONANTE

Steven salió del consultorio aún con la mente turbia por la noticia, una condena a muerte a sus diecinueve años de edad es casi sub realista. ¿Quién padece una afección cardiaca a su edad?; era algo inconcebible pero una realidad. Ya desahuciado ni siquiera tenía la esperanza de un donador compatible.

Con su cuerpo delgado y sus facciones angulosas parecía tan frágil como se veía, pero tenía la fuerte determinación de hacer de sus últimos instantes en la tierra algo digno de recordar; sin más intermedio o distracción dedicaría su último aliento a construir su obra maestra.

Ese mismo día fue a la tienda de artistas que le suplía los materiales para su trabajo desde hacía dos años; como escultor se empezaba a dar a conocer y sus pequeñas estatuillas talladas en alabastro y piedra caliza empezaban a tener cierta demanda. Ahora dejaría tras de sí algo en tamaño natural, algo que gritara al mundo su nombre.

Con la mente fija en su obra inició con el boceto preliminar, una figura humana estirada a los pies de una nube y sobre la misma la figura de un hombre mayor que le tendía la mano para llevarlo a casa. Una obra de esta clase debería tener un nombre excepcional, pero no tenía en mente ninguno que fuera bueno, lo pensaría mientras trabajaba.

Sin fuerzas para esculpir decidió que la talla en estuco, una pasta compuesta de yeso, polvo de mármol con pegamento vegetal sería su mejor apuesta, luego un baño en bronce y resina le darían el acabado que necesitaba. Invirtió su dinero en el material necesario, queriendo que su legado fuera lo que debía ser no se preocupó en ninguna otra cosa. Trabajó incansablemente día y noche, sin tiempo que perder en la rutina de bañarse o alimentarse adecuadamente, se dejó llevar por el diseño de su obra.

Poco a poco la escultura fue cobrando forma, dos metros con veinte centímetros de alto por dos metros de largo cubrían el espacio de su taller casi completamente. Una obra maravillosa sin duda, las puertas de la muerte siempre impulsan al ser humano a una última y tenaz proeza.

Los dos meses sin descanso fueron casi desapercibidos por el artista, no podía perder tiempo mirando el calendario. Esperaba que al culminar su tiempo la obra anunciara su existencia como las obras de los grandes maestros anunciaban cada nombre a través del tiempo.

Agotado y casi sin fuerzas daba los últimos toques a su figura. A un lado y de forma discreta talló su nombre en la estatua. Luego fue a su cama esperando conciliar el sueño que lo llamaba a dejarlo todo; sosteniendo aún su herramienta en la mano se acomodó en la vieja cama individual que tenía desde la adolescencia y se dejó llevar sin más ni más hacia la oscuridad de la conciencia.

Unos días después el dueño de la casa usó su llave maestra para entrar en la propiedad con la ayuda de dos policías, debido a las quejas de los vecinos por el pútrido olor que salía del lugar. Lo primero que vieron fue la enorme figura en el centro de la sala, rodeándola con dificultad lograron llegar a la habitación donde el cadáver en descomposición yacía sobre la cama descolorida de madera, aún sosteniendo su herramienta en la mano.

Al morir sin familia el casero decidió que lo mejor era donar la estatua a algún centro de caridad, pero desconocía al nombre completo del joven, así que la dejó como bajo el título de El Donante, cuando la entregó al centro de arte local para que la subastarán junto con otras obras donadas. El fue enterrado por la alcaldía de la comunidad en un cementerio público bajo el nombre de anónimo y la obra fue exhibida en el lobby de un hotel capitalino.

Nadie clamó su nombre, nadie miró en el discreto tallado a un costado de la nube para conocer al autor. Un breve comentario en el periódico local fue toda la publicidad recibida al acontecimiento junto con el nombre del propietario de la casa, quien explicaba como decidió donar la escultura para obras de beneficencia en lugar de hacer su agosto con ella.

EL HOGAR

Cuando decidieron formar su hogar, lo hicieron en un viejo apartamento de dos habitaciones y una cocina apenas equipada con una mesada empotrada; contadas eran sus posesiones en ese momento ya que cuando se empieza siempre es con muy poco, un viejo sillón, una mesa y tres

sillas, un par de cuadros y la cama. Con los años el trabajo duro de ambos les dio mucho más.

La familia creció, siempre es así cuando el matrimonio es joven; cinco años después de unirse los dos hijos de la pareja corrían por la casa llenándolo todo con su presencia juguetona, dejando por los muros del departamento las huellas indiscutibles de su nueva estatura; con sus manitas envolvían cada objeto que tocaban, cada espacio del lugar como dos huracanes en miniatura.

Parece mentira como corre el tiempo cuando no lo mides. El día empieza y termina de la misma forma, un baño breve en la mañana, desayuno apurado, el kínder para el mayor, compras y quehaceres para ella con el más pequeño a cuestas. Conforme con su existencia la joven madre apenas si recuerda su vida anterior en los burdeles capitalinos. Habían logrado construir un bello y normal hogar de clase media baja. Las luchas por el dinero eran un problema frecuente, pero sostenible hasta ahora. En la víspera de cada cumpleaños y de cada navidad se escabullían los padres a envolver los obsequios comprados en oferta en diversos comercios de la ciudad. El ir y venir diario los hizo ignorar por completo el transcurso de los años.

La ciudad ha crecido también, tal cual crecen las cosas vivas simples y complejas de este mundo; los padres y sus dos hijos ahora de veintitantos viven en el ajetreo de una ciudad cada vez más llena de personas. Los autos que apenas si se escuchaban, no cesan de cruzar la calle remendada con asfalto de distintos tonos de negro y gris.

Pero como había cambiado la familia, ella seguía siendo una mujer menuda de buena figura, piel rosa y cabello ligeramente ondulado. El apenas si mantenía la misma figura esbelta, su piel color caramelo ahora exhibía un ligero tono quemado y su cabello negro empezaba a caerse. La edad se le notaba en los ojos y en las sienes, era un hombre maduro con muchos años de trabajo a cuestas; la satisfacción de ver a sus hijos ir a una universidad, aunque no fuera una tan reconocida lo reconfortaba.

Un día, inesperadamente una llamada turbo la casi monótona paz del viejo apartamento. Era del hijo mayor, que había sido detenido en la delegación central acusado de homicidio involuntario; una corriente helada recorrió los pequeños aposentos, ambos padres se quedaron en silencio tratando en vano de convencerse de que era un malentendido, con la velocidad que su desesperación les permitía se apresuraron a presentarse en la delegación, allí se encontraron con el hijo más joven, que aún temblaba como un papel. Entre lágrimas ahogadas y suspiros profundos el más joven trataba de explicar cómo se dio toda la situación y cómo terminó con la vida de uno de los profesores de la universidad.

Durante los dos años que llevaban estudiando allí el mayor había tenido relaciones con muchas jóvenes del campus, era un Don Juan empedernido. El menor en cambio era tímido y silencioso, apenas si hablaba y cuando lo hacía nunca era con una mujer. Ese día el hermano mayor fue a buscarlo a su clase de economía para avisarle que se retiraba temprano para salir con una nueva chica; al girar en el pasillo que ya estaba desierto pues las clases terminaron temprano unos extraños gemidos le provocaron curiosidad, venían de una de las oficinas dispuestas para los docentes, se acercó seguro de lograr pillar a alguno de los profesores con una de las estudiantes, la puerta tenía una ligera luz que sobresalía por debajo y desde la ventanilla de la puerta, adentro el intenso ritmo le decía que el juego entre la pareja era muy intenso.

Con sigilo se acercó tratando de ver de quienes se trataba, podía ver la espalda del profesor de economía que devoraba avariciosamente mientras mantenía la cabeza hundida entre las piernas de su indefensa víctima, cuando este por fin se retiró dejando exhausta a la persona recostada en el escritorio logró darse cuenta de quien se trataba. Su hermano menor yacía medio desnudo y jadeante aún por la excitación.

Un ardor se apoderó de los sentidos del hombre mientras la ira se encargaba de su raciocinio, de una patada derribó la puerta. Por la impresión inicial de la inesperada irrupción ninguno de los dos supo que hacer o decir. ____" ¡Carlos, espera!" ____, fue lo primero que se oyó cuando el joven trataba de vestirse tan apuradamente como podía; una mano pesada y llena de enojo cayó sobre el catedrático que permanecía inmóvil en un rincón.

En el calor del instante había empujado al economista contra una repisa, golpeando la nuca en la caída y terminando con su vida. Dicen los oficiales que no opuso resistencia en el arresto, su declaración indica que fue algo involuntario sucedido en un momento de furia.

EL REINO DE LAS AMAPOLAS

Parte I

PARTIDA Y LLEGADA

Desde cualquier punto donde se mira se logra apreciar como las Amapolas cubren cada rincón del jardín, los amarillos, naranjas y rosados vibran placidos bajo el sol del verano tropical. Moriel adoraba como lucían desde su ventana; a sus quince años era una jovencita de contextura media, de

metro y medio de altura, muy avispada para su inexperta edad.

El verde que acompañaba a sus adoradas Amapolas se extendía por la barda de piedra y llegaba sin prisas hasta la entrada de lajas plateadas que conducían a la puerta de madera envejecida de roble macizo. Con paciencia se levantaba cada mañana para mirar por la ventana y saludar con un beso la colorida belleza de ese espacio sencillo y bien cuidado por sus pequeñas manos. Aquí en Rama, una ciudad de escasos 500 habitantes, las Amapolas eran comunes en cada casa, y las suyas eran las más hermosas de todas

Un día cuando menos lo esperaba, sus padres le comunicaron que debía marcharse a la ciudad, habían logrado para ella un cupo en un colegio de la ciudad de Alcántara. Sin más, debía despedirse de su hogar y de su adorado jardín; con las maletas listas sus padres la llevaron en su viejo chevy hasta la ciudad, dejándola en una enorme mansión ubicada en la parte buena de la misma. Cuando se marcharon sintió una rara sensación de alivio, su relación nunca fue realmente buena y separarse de ellos por un tiempo sería muy bueno para los tres.

La entrada gris y amplia de concreto la condujo a una enorme puerta muy ornamentada; con un leve chirrido apenas se abrió lo suficiente para que ella entrara, donde un hombre sombrío de mediana estatura, le recogió de las manos la pequeña maleta guiándola hacia una habitación con las mismas proporciones que la sala y la cocina juntas en su propia casa. Aun cuando la decoración era muy fría y recargada, ella, poco a poco fue sintiéndose cómoda gracias al espacioso lugar.

Con calma empezó a instalarse, preguntándose en silencio, ¿dónde se encontraba realmente?, pues se dio cuenta en seguida que no era un lugar común y peor aún, que no parecía haber ninguna otra persona de su edad.

Eran ya las cuatro de la tarde y su silenciosa cavilación fue interrumpida por una mujer entrada en años, vestía un traje muy elegante y un elaborado moño sobre su cabeza. He venido a darte la bienvenida, dijo con una blanca pero muy burlona sonrisa, miró a la muchacha de pies a cabeza inspeccionándola; después de unos momentos la miró a los ojos y exclamó:

___ *"Aún te falta crecer un poco, durante el transcurso de estos dos años serás debidamente instruida, veremos si vales la inversión"*!___

Moriel se quedó helada, la palabra inversión resonó en su cabeza como un disparo. ¿A dónde me han traído? se preguntaba una y otra vez sin decir palabra alguna. La mujer salió tan rápidamente de la habitación como había entrado, dejándola sola con una gran cantidad de dudas y un enorme temor en el fondo del estómago. Un mal presentimiento sobre su

futuro la hizo estremecerse; realmente no comprendía nada de lo que sucedía.

Parte II

UN DURO ENTRENAMIENTO

Eran casi las ocho de la mañana cuando la mujer del día anterior se presentó nuevamente en la habitación, esta vez con un sobrio vestido negro de corte recto y escote muy bajo. Los zapatos eran negros con un ligero tacón, y algún maquillaje. Con ella iban dos jóvenes de veinte años más o menos, ambas traían algunos enseres personales como suampo, cepillos espejo de mano y dos libros.

Moriel estaba ya en pie y bañada, se vestía con su ropa sencilla, un vaquero semi ajustado y una camisola celeste con bordados en azul oscuro; la mujer la miró y dijo su nombre por primera vez. *“Soy Ana, tu guardiana y me encargaré de enseñarte lo necesario, para empezar esta es la ropa que usaras el día de hoy__ Ellas son Karla y Adriana, ambas te explicarán las normas de la casa, los horarios y tus responsabilidades como Lady.”*__

Moriel apenas podía seguir las palabras de la mujer, entre su desconcierto y su terrible presentimiento no lograba hilar puntada alguna de la peculiar situación en la que estaba metida, sin haberlo buscado.

Una vez lista y debidamente informada, descendió con ambas mujeres hasta un salón donde ya la esperaban otras once jóvenes y Ana, dispuestas alrededor de una mesa amplia, frente a cada una de ellas había sobre la mesa una carpeta blanca y una negra, una pluma fuente y un libro sobre el protocolo social. Con nerviosismo miro a su alrededor, fue reconfortante ver el mismo desconcierto en el rostro de las otras muchachas; así Ana empezó a hablar sobre los que les esperaba en los siguientes dos años.

Sobre cada carpeta y en letras doradas un título enmarcado que decía: *“Lady Angélica”*__, para cada joven un nombre distinto, supuso de inmediato que como en su caso no era su nombre real; Ana notó de inmediato la expresión en Moriel y antes de que esta pronunciara palabra se apresuró a decir: *“Ese será su nombre desde hoy, memorícenlo por su propio bien”*__

Con el paso de las semanas y luego de los meses, tanto Moriel como las demás jóvenes tenían una intensa carga de clases sobre cultura general, modales, cocina, arte, música, maquillaje, danza, y literatura. Eran preparadas según dijo Ana para convertirse en Damas de Compañía de Alto Nivel; básicamente serían amigas de Gobernantes, millonarios y magnates, que pudieran pagar el costo de su especializada compañía. En

un año y medio Moriel ya era una chica delgada y diez centímetros más alta, ahora con su metro sesenta tenía sin duda una refinada presencia.

Para ella y sus compañeras empezaba ahora los últimos seis meses de entrenamiento; nuevamente Ana las reunió a todas en el salón donde tantas veces les enseñó refinados modales y normas de etiqueta, además de otras cosas útiles para rozarse con la alta sociedad. Con calma empezó a hablarles de la otra parte de su obligación, la que ahora incluía su cuerpo, poco a poco empezó a conferenciar sobre la parte sexual del trabajo, la forma de complacer los gustos más exigentes o los caprichos más extravagantes. Un cubo de hielo corrió por la espalda de Moriel, valla forma de decirles que serían prostitutas, finas, pero prostitutas.

Durante las dieciséis semanas subsiguientes las jóvenes eran llevadas a una parte de la casa que no conocían, desde un cuarto especial miraban estupefactas a dos mujeres de unos veinticinco años trabajar; cada vez era un hombre distinto y en un par de ocasiones eran solo mujeres. Las charlas que acompañaban las clases visuales les indicaban la importancia de mantener al cliente (hombre o mujer feliz).

Las últimas dos semanas las pasaron en fiestas y presentaciones de alto nivel. Ana quería estar segura de que pudieran manejarse adecuadamente dentro del grupo social que tanto le gustaba. Para Moriel que siempre mostro un carácter decidido, Ana estaba preparando una entrada muy especial; tenía en mente dos candidatos que ya se disputaban su estreno. Esto por supuesto solo sería posible para el que pagara más.

La fecha ya había sido marcada y Ana quería asegurarse que su Lady más prometedora se graduara con honores.

Parte III

ASÍ COMENZÓ SU NUEVA VIDA

Las seis de la tarde, el reloj daba la hora apenas cuando Ana visitó a Lady Angélica, en su habitación, ya estaba tan acostumbrada a ese nombre que giró su cabeza como acto reflejo y contestó sin pensar. En sus manos Ana traía un traje de noche muy revelador, zapatos, maquillaje y una cartera de sobre, todo perfectamente combinado y pensado para ella. Algo que le pareció curioso es que jamás se les daba joyas; según Ana les decía ___ "*La joya deben ser ustedes mismas*"__.

Con algunas indicaciones de último momento Angélica se preparaba para celebrar sus diecisiete años en compañía de Ana y algunos amigos; estaba tan contenta y radiante que no lograba a comprender claramente lo que le esperaba esa noche. Siempre recibió un buen trato y no había razón

alguna para sospechar.

Llagadas las siete y treinta de la noche, Angélica salía de su habitación perfectamente arreglada y con toda la disposición para pasar el mejor cumpleaños de su vida. Un caminar firme y elegante dejaba una ligera estela perfumada en el aire tras ella, lucía hermosa, culta y sobre todo tranquila. Se reunió con Ana en el vestíbulo y ambas abordaron un BMW color negro del año. Entre risa y risa Ana y Angélica bebían un ligero vino blanco recordando el día en que Moriel apareció por primera vez ante la puerta de la mansión y lo delgada e infantil que lucía.

Eran las ocho y diez cuando llegaron a una discreta y alejada propiedad en las afueras de la ciudad. Alcántara vestía un tapiz en negro con gemas amarillas, mientras ella seguía la conversación con su compañera de viaje.

Pronto llegaron ante un portón eléctrico de proporciones enormes, luego la entrada pavimentada entre dos muros de tres metros de altura, continuaba por un par de kilómetros más, al final una casa de dos pisos y amplios jardines las recibía en medio de la helada noche; adentro dos caballeros de mediana edad y de excelente aspecto esperaban a ambas mujeres.

El primero en presentarse fue el que aparentaba más edad y también fue el primero en estrecharle la mano a Angélica, *__ "Ernesto, es un placer. __ El es mi hermano Reid, será tu acompañante esta noche, ya que el también está de cumpleaños"__*. La mirada de Angélica se desvió entonces hasta el segundo hombre, que aparentaba cinco o seis años menos que el primero. Le dirigió una leve sonrisa, tal como se lo habían enseñado. Ernesto y Ana salieron a dar un paseo y conversar un rato sobre asuntos variados, Angélica ignoraba que se trataba del pago por sus servicios esa noche

Reid no lo pensó dos veces, una mirada a Angélica y se quedó encantado, con la joven de facciones definidas; no era de una exuberante belleza pero su delicadeza al moverse y lo exquisito de su forma de ser la hacía cada vez más apetitosa a los ojos de un Reid acostumbrado a tratar con mujeres experimentadas en asuntos amorios. Una copa de buen vino, luego otra y la conversación fue dándose amablemente entre ambos. Reid invitó a Angélica a dar un paseo por la casa, para poder apreciar las pinturas y otras obras de arte que decoraban cada pared posible; era un lugar grande, cálido, con buen gusto de arriba abajo y a Reid le gustaba la buena conversación, era algo que rara vez encontraba en una mujer pues la mayoría solo se enfocaban en la parte sexual, sin mayor relevancia en lo intelectual, eran buenas pero al vacío que sentía después lo forzaba a ir

de cama en cama casi por obligación.

La mirada suave y la manera pausada de dejarse llevar, además de los inteligentes comentarios que hacía, tenían a Reid muy entusiasmado con la femenina presencia que lo acompañaba. El reloj marcaba las once y él seguía interesadísimo en cada opinión y pregunta de la muchacha, le intrigaba como alguien tan joven podría ser tan culta. Sin duda Ana había hecho un excelente trabajo con ella.

Cuando Ernesto y Ana regresaron de su paseo Reid aún caminaba por la segunda planta en su apreciada compañía; al escuchar a su hermano llamándole decidió dirigir a Angélica a su habitación, tomo el auricular del teléfono para informar que quería no ser molestado por el resto de la noche, Angélica lo miraba, ya presintiendo lo que seguía, su educación en los dos últimos años la prepararon para este momento.

Expectante observo a Reid desprenderse de su saco, corbata y zapatos, se quito el cinto del pantalón y espero acostumbrado a la experiencia de las anteriores mujeres, pero Angélica estaba algo nerviosa y dejó que él la desvistiera poco a poco. Con sus caricias y sus besos fue relajando la electrizada piel mientras cada prenda caía al suelo alfombrado; sus manos la recorrían con mucha suavidad y eso empezaba a gustarle.

Un Reid feliz de llevar las cosas a su ritmo por primera vez la penetraba con la mirada, la besaba una y otra vez, y lentamente la hizo sucumbir a su propia pasión. Eran las seis de la mañana cuando le llevaron el desayuno a la cama; la sirvienta le informó que la señora Ana la recogería en media hora y dejó sobre su cama un vestido de seda en color turquesa y unas sandalias de tacón a tono con el vestido.

Angélica se había graduado y por el tamaño de la joya que Reid le dejó como obsequio, supo que lo había hecho con altos honores. Ana la saludó con un beso en la mejilla y la llevó de vuelta a la casa, en su mente aún tenía el recuerdo de las hermosas Amapolas que para esta misma fecha poblaban aquel diminuto jardín que era todo su reino.

.

ESCRITOR

Llevaba horas frente al ordenador pensando la siguiente palabra; difícil era poco decir cuando se trataba de concentrarse en su libro, esa línea sucesiva que le esquivaba burlista mientras él miraba la hoja con los vagos garabatos entre los renglones invisibles del papel. Como todo en su vida, estaba estancado en una sola decisión, debía dejar de aplazar las

cosas.

Su divorcio, su trabajo, la mudanza; si la mudanza de su hogar de toda la vida a un lugar más barato. Por el arreglo de los abogados la casa de su padres ahora era propiedad de su ex mujer, una perra codiciosa y egoísta que solo buscó su propio beneficio en todo y lo consiguió con ayuda de su vecina de toda la vida, malditas mujeres que parecen más bien buitres sobre los restos de su vida.

Hoy debe terminar su manuscrito, debe empacar sus pertenencias personales y solo eso, también debe esperar a que la monitora de la corte llegue para dar fe de que él no se llevará nada más de la vivienda. Con añoranza miró por última vez su habitación, su oficina y su amado solar, donde empezó como escritor a los quince años, y se convirtió en novelista exitoso a los treinta. Ahora todo le pertenecía a esa muñeca de aparador que lo hechizo desde el comienzo y lo consumió totalmente en los meses consecuentes a su matrimonio precipitado. Decisión estúpida de su parte que hoy vive para lamentar.

¿Cómo se destruyó todo?, ni él lo entendía, pero cuando se dio fue tan rápido como una avalancha de nieve, fue fulminante. Aun aturdido empacó su ropa, su escrito casi terminado, el esbozo de su nuevo libro, uno centrado en su vida como hombre casado y frustrado y el retrato de una pareja mayor que se miraban con la adoración de cuantos de hadas.

Algunos días después de marcharse se percató de que le faltaba la pequeña memoria que usaba para respaldar su información, debía ir por ella y recuperarla, su trabajo era todo lo que le quedaba y ella no se lo quitaría también, él no lo permitiría.

Trató de no acercarse de día, esperando entre las sombras cuando había oscurecido, se adentró en el jardín que conocía desde su feliz infancia, caminó silencioso hasta la puerta de servicio y entró sigiloso en su ex hogar.

Caminando aún a oscuras entre los pasillos del piso superior, logró llegar a su solar donde consiguió dar con la caja de discos compactos que había olvidado, un par de movimientos y encontró lo que buscaba, dejó lo demás a duras penas, pues era mejor que no se supiese que él estuvo allí.

Cuando regresaba a la salida oyó los murmullos de las dos mujeres, sus risas sosegadas y el chapoteo de la tina de baño, ambas descansaban desnudas mientras se abrazaban saciadas entre sí. No pudo soportarlo, no podía ni sospechar lo ingenuo que fue, lo manipulable desde el principio y una furia que nunca antes había conocido se apoderó de él controlándolo por completo, sin meditarlo siquiera entró de golpe en el cuarto de baño dejando a ambas mujeres suspendidas en su asombro, de un golpe

derribó el aparato de sonido sobre ellas dejando que la descarga eléctrica diera cuenta de su traición. Para ambas fue el fin, para él fue la liberación que no sabía que necesitaba; luego salió tan silenciosamente como había entrado, marchándose sin ser notado.

Una semana después el abogado se comunicó con él para anunciarle que el divorcio no pudo ser tramitado debidamente, por lo que continuaba legalmente casado con su mujer a la hora en que esta falleció en ese trágico accidente. Por lo tanto su casa ahora volvía a ser suya, con unas tácitas gracias le tendió la mano al hombre mayor, procurando por supuesto no sonreír.

Esa misma tarde se mudó de vuelta a su hogar.

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

Miraba desconcertada hacía el suelo de su cocina, donde se hallaba su cuerpo ensangrentado, se sentía ligera y calmada aunque podía ver el cuchillo que sobre salía de su espalda. No había temor, ansiedad o ahogo por primera vez en toda su vida de casada.

Todo a su alrededor se veía igual, los colores, los objetos, incluso los sonidos eran iguales, lo único diferente era que ya no tenía aprensión alguna, por fin estaba en paz.

Se sentó en su cama mientras su esposo hablaba por teléfono con alguien, debía ser una mujer por el tomo cariñoso que usaba, una de sus nuevas amigas, estaba segura.

Lo miró ir hasta la cochera donde guardaba algunas cosas para la limpieza, líquidos, bolsas y guantes de látex grueso. Retiró el puñal y sin ningún cuidado puso el cuerpo inerte de la mujer dentro de una manta vieja que pensaban tirar, calmadamente lo llevó hasta su automóvil para deshacerse de ella lo más pronto posible.

Así terminó con los cinco años de matrimonio y con todas sus promesas de amor; *“hasta que la muerte nos separe dijo el sacerdote”*, al darles su bendición.

Vera siempre fue una mujer tranquila, al menos hasta que bebía su primera copa, entonces era otra mujer; una muy agresiva y violenta mujer.

Cuantas veces le arrojó botellas medio vacías a su marido, zapatos o cualquier otra cosa que pudiese alcanzar, cuantas veces le pidió perdón

llorando y cuantas volvía a beber hasta perder el sentido.

Vera era una buena mujer hasta que empezaba a beber, cosa que últimamente pasaba muy a menudo, no, lo cierto es que era una alcohólica. Tal vez ella misma se buscó este fin a su mortalidad; si pudiera explicarle ahora que estaba tan aterrada, aterrada de la gente, las miradas, los gestos, de su infancia descuidada y abusada, de su adolescencia marginada, sin duda le diría que estaba asustada de la vida porque no sabía cómo era tener una decente, no podía manejarla y eso era lo peor. Ahora eso ya no importaba, para todos los efectos ya era tarde.

Mario llevó su coche hasta un terreno despoblado en las afueras de la ciudad, allí dejó los restos enterrados a escasos metro y medio de profundidad, era toda la consideración que iba a tenerle, estaba cansado de sus celos, sus paranoias, sus arranques impulsivos, su fanatismo sin sentido, estaba arto.

Devuelta en la casa Vera observó a Mario limpiar la sangre del piso, aunque olvido la puerta inferior de la despensa. Caminó alrededor mientras él recogía los trapos y los ponía en un traste de metal que tenían en el jardín, vio como les prendía fuego junto con los guantes de látex y los cepillos que usó para restregar el piso rojizo de tablilla.

Al terminar Mario se sentó en el sofá en silencio, Vera se acomodó a su lado; por primera vez en casi cinco años se sentaban juntos sin recelos de por medio, él ya no temía su agresión y ella ya no temía su respuesta. Podrían ser felices como en su noviazgo, de verdad que ya no había marcha atrás.

Vera se quedó allí, pensando en cómo hubiese sido si las cosas fueran diferentes, ella viva y sana, el feliz y todavía enamorado de ella. Hubieran sido un gran matrimonio si la locura no se hubiese interpuesto.

HERENCIA

Su abuela de crianza como se auto nombró ella misma la dejó en esa casa sin decir nada más. Ya le había explicado que era necesario para pagar la deuda que tenían con Don Justino, ella viviría con él y le ayudaría en la casa; aunque no entendía porque la vieja mujer estaba desesperada por marcharse ella obedeció.

A sus dieciocho años era una joven prieta y bien plantada. Su juventud la hacía deseable para los hombres, pero en su pobreza era muy difícil que lograra un buen futuro sin hacer antes algunos sacrificios, sin saberlo en

ese momento este sería el más grande.

Don Justino era un hombre muy viejo, bebía y fumaba con pernicioso frecuencia y tenía dinero, el suficiente para sacarlas a ella y a su abuela de pobres.

Sola en la entrada caminó con su ropa en dos bolsas plásticas, sus únicos zapatos puestos y doscientos pesos escondidos en una bolsa secreta cosida con verdadero disimulo al interior de la chaqueta con tachas de fantasía.

La casa en sí no era desagradable, sin agujeros en las paredes, sin goteras del tamaño de una mano en el techo, con vidrios en lugar de cartón en las ventanas; sí aquí al menos no pasaría más frío.

Una voz la llamó desde el fondo de la casa y ella caminó hacia ella un poco temerosa pero bien entendida que era mejor esto a regresar al mamarracho de donde salió. Sus pasos la llevaron a una sala bien cómoda llena de libros y adornos. El viejo la miró de arriba abajo con los ojos brillantes, sus manos arrugadas temblaban sobre sus rodillas mientras sus avejentados labios eran humedecidos por una lengua ansiosa.

__"Acércate"__ le ordenó sin más

__"Que quiere que haga"__ fue la respuesta de la muchacha mientras caminaba cautelosa en su dirección.

__"Pagué bien por ti"__ respondió el viejo sin ninguna consideración

__"Estás aquí para servirme en la casa, en lo que yo te diga, entiendes"__.

Ahora tenía claro porque esa desgraciada no se había quedado, fue vendida y la muy infeliz huyó tan rápido como pudo. No había nada que hacer, estaba perdida. Un mes más tarde aunque al principio estaba algo asustada no resultó tan malo, en general Don Justino era amable con ella, no le pedía demasiado cuando la quería cerca y el resto del tiempo la ignoraba.

Cierto día sin previo aviso el viejo no se levantó de la cama, el médico que llegó tras su llamada le dijo que fue un infarto fulminante mientras dormía; cuando le preguntó quién era ella recordó las instrucciones que el mismo anciano le diera en caso de que alguna persona le preguntara: __"Soy la nieta, Jimena Pérez"__ y le mostró los papeles que el anciano le dio, eran un certificado de nacimiento y una identificación con su foto y ese nombre.

El médico la miró un instante y luego le dio un documento que certificaba la muerte natural del hombre. Ese mismo día un abogado la visitó con una serie de papeles que según le dijo la acreditaban como heredera universal de Don Justino Pérez. El anticuado anciano tenía registrada la casa que ahora era suya, un coche en buenas condiciones, una finca de 40 hectáreas además de otros bienes.

El abogado le recomendó vender la casa ya que con el pago de impuestos posiblemente la perdería ante el banco. Jimena tomó sus palabras en serio, le pidió tiempo para sacar las cosas personales de ambos, pensando en cómo vender los muebles y todo lo que tuviera algún valor; se iría lejos de allí y empezaría una nueva vida.

Ese mismo día, guardaba las cosas en cajas desechando la ropa, los zapatos y muchas chucherías, así dio con lo que había escondido dentro del destartado baúl acomodado en un rincón de la recámara principal: dinero en efectivo, joyería y otras cosas que se veían caras. El anticuado anciano tenía el grueso de su fortuna allí mismo.

Segura de que el abogado le daría la documentación de las propiedades porque ahora ella se llamaba Jimena Pérez, tomó la decisión de vender lo que pudiera tan calladamente como consiguiese hacerlo y se marcharía en tiempo record.

Como pudo vendió rápidamente los muebles y compró un baúl nuevo diciendo que quería guardar fotografías y otros objetos de valor sentimental; en la mueblería nadie sospechó la mentira.

No más de una semana después la casa estaba vacía y pasaba a un distinto dueño, los muebles fueron repartidos en diferentes residencias donde les daría nuevos usos. Ella tenía empacada su ropa en dos bolsas de cuero que pertenecían al difunto y el nuevo baúl en el automóvil que ahora estaba registrado a su nombre aunque ella no supiera conducir. Un vecino accedió a servirle de chofer por un pago justo.

Jimena Pérez salió de la ciudad tan pronto pudo, salió con dinero escondido en su equipaje, con el bolso lleno de papeles que decían que era dueña de un coche, una finca, otra casa y en su pecho una sensación de libertad que no había experimentado jamás.

LA CARTA

La misiva llegó con el correo como siempre, a pesar de los avances tecnológicos, él siempre escribía una carta y la enviaba por el desusado sistema de correo personal y físico. Era su manera de seguir conectado

con ella, la carta dirigida a la Dama de Terciopelo como él la llamaba relataba los últimos acontecimientos de su vida. A sus ochenta años no es que tuviera aventuras increíbles y exóticas llenas de acción como en las películas que solían ver en el cine todo el tiempo; su vida era sin embargo bastante agradable aunque solitaria.

La carta fue dejada en la mesita donde ella acostumbraba ponerla para leerla a la hora del té. El sonrió al recordar su cabello color chocolate con brillos dorados extenderse sobre su hombro descubierto, sus brazos delgados y sinuosos moverse con la elegancia de una garza y esa mirada dulce llena de ángel que siempre lo hipnotizo sin esfuerzo alguno. Incluso en sus últimos años ella conservaba ese garbo que la distinguía; su Dama de Terciopelo tenía la piel más suave y acariciable que jamás había visto y su alma era aún más hermosa.

Caminó hasta la cocina para preparar el té como a ella le gustaba, ligero con cierto toque ácido. El la amó desde el momento en que la vio y siguió amándola incluso después de que se marchara. La distancia es solo una ilusión se repetía cada vez que miraba a la silla tapizada de rosas que su esposa usaba cada tarde.

Ese día igual que otros, caminó por la casa mientras el sol disminuía su dorado brillo a través de las ventanas de la sala, el té se enfriaba sin ser tocado sobre la mesa y él se preparó para ir a su alcoba a descansar igual que todos los días desde su partida.

Ese día besó el retrato de ella que colgaba orgulloso en la pequeña estancia, la miró con la misma ternura de siempre y le acarició el rostro con la misma delicadeza que tuviera cuando podía abrazarla hace unos años atrás.

__“Ha sido una larga espera”__, dijo entristecido al darse cuenta de que no podía devolver sus demostraciones de afecto. La miró de nuevo y se retiró por ese día.

A la mañana siguiente no se levantó, siguió durmiendo envuelto en la misma colcha que ella tejiera para su boda hace sesenta años.

La policía entro a la fuerza una semana después cuando los vecinos se quejaron del mal olor proveniente de la casa, el estaba en la misma posición en que se había acostado. El té y la carta seguían sobre la mesa donde las dejó.

A los pocos días del funeral los vecinos estaban seguros de haber escuchado risas desde el interior de la vivienda ahora en venta.

LA FAMILIA

La bebida caliente frente a ella, casi era otoño y las hojas de colores terrosos cubrían todo el frente de la casa de madera. Bien cuidada era una propiedad que valía mucho.

Lástima que el viejo en su infinita terquedad no permitiera que fuera vendida; con el dinero que le habían ofrecido ella podría hacer tantas cosas, remodelar su apartamento en el centro de la ciudad, cambiar su auto por un modelo más nuevo, hasta iniciar aquel negocio que quería.

Pero el anciano tenía tantos recuerdos en esa casa, allí creció él, también sus hijos e hijas, aunque ahora solo su nieta lo visita. Todos los demás se marcharon a vivir sus vidas como lo hacen todos los hijos cuando crecen.

Para el hombre de setenta y cinco años cada pared estaba llena de risas, de cantos, de juegos y de peleas, si, porque vivir en familia siempre es igual a tener muchas peleas.

Hoy su nieta no ve el valor de eso, solo piensa en el dinero que va sacar con algo que aún no es suyo. La mujer que vive sola desde los dieciocho no recuerda como era vivir en esa casa cuando era más pequeña, a los cuatro años ella corría por todo el lugar con su muñeca a cuestas.

Ahora es una mujer de veinticinco años sin prospecto para una familia propia. Una pena, es la que más se parecía a su abuela, excepto por esa manía por el dinero. Era algo que se veía venir, su madre era igual, siempre pensando en la economía y en cómo lograr más, hasta que su marido decidió abandonarla para subirse a un barco e irse lejos.

El viejo camina por su casa con cada recuerdo que tiene, los lleva consigo si sale a hacer compras a la tienda de la esquina, ahora la manejan los hijos de Jefferson porque él se perdió hace un año, cuando esa horrible enfermedad de la memoria le borrara los recuerdos, también cuando visita a Juan, el que le corta el pelo desde hace 50 años, ahora es un viejo como él, pero todavía tiene su barbería en el mismo lugar.

Cuantos anhelos en una vida construida con trabajo, su trabajo. Su nieta viene a menudo, le trae comida y esa horrible bebida que le deja el estomago adolorido por días. Se siente enfermo cada vez que la toma pero su nieta dice que le ayudará a no perder la memoria también.

El anciano tiene pavor de perderse como lo hizo Jefferson, que ya no reconoce a nadie, que cree que aún tiene veinte años y que Luisa su

mujer todavía vive en la casa de al lado, cuando él la cortejaba.

Su nieta es muy buena, lo quiere y lo cuida, por eso viene a llevarse su ropa sucia y a traerle la limpia, le trae los dulces que dice el doctor que no debe comer pero que le encantan. Su nieta es un ángel.

Hoy el anciano no pudo levantarse, lleva así una semana, pero su nieta está con él todos los días y lo cuida aunque esa medicina no le guste, ella lo cuida bien.

La familia es la familia, no hay duda, aunque nos peleemos y nos demos de golpes, la familia es la familia. Poquito a poco la salud cae, el viejo ya necesita descansar, dormir y no pensar, por eso su nieta se hace cargo de todo y el amigo que ella trajo tiene intenciones serias, él mismo se lo dijo. Por fin su nieta adorada no se quedará solita, el puede morir tranquilo.

Unas semanas después sucedió, el anciano no pudo más, una infección intestinal se lo llevó con su esposa. La casa fue por fin vendida aunque la nieta no recibiera lo que esperaba por ella y su amigo se fuera llevándose lo poco que logró sacarle.

LA MASCARA DEL VIENTO

Como cada noche se arreglaba para salir, su trabajo lo exigía, maquillaje, zapatos, vestido de fiesta; era uno de los salones más finos y populares en la ciudad, donde las chicas bien bailan con los caballeros que pueden pagar el costo de una noche de baile con las jóvenes más bonitas y disponibles. Sobre el salón los privados elegantemente disimulados le dan privacidad a las parejas que desean conocerse mejor.

En la pista de baile la llamaban Viento, pues su habilidad con los pies era más que conocida, no había una chica de veinte más ágil y feliz en ese lustroso piso.

La noche que Viento aceptó salir con ese extraño, se sentía especialmente viva, especialmente ligera. Salieron poco antes de las ocho de la noche, ella se sentía confiada, y él la miraba un tanto indiferente. Cenaron justo a unas calles del salón, nada refinado pero discreto y agradable.

Tomados de las manos cruzaron por la calle justo hacía un automóvil gris estacionado a unos metros de la entrada del local. Abordo Viento empezó a sentirse adormilada, un leve mareo le hizo notar algo extraño en la actitud del extraño a su lado, el auto empezó la marcha y Viento parecía entumecida, sus brazos y piernas no le respondían, pero ella permanecía

despierta.

Después de un viaje de dos horas hacía un lugar alejado en las afueras de la ciudad, el vehículo se detuvo, con calma el extraño empezó a hablarle de lo imprudente que había sido al marcharse con él, que nadie sabía dónde estaba y que nadie en el local podría identificarlo, él mismo se había encargado de eso.

Pronto empezó a acariciar las piernas bien definidas a fuerza del ejercicio, luego subió a los muslos y un poco más; sus caricias que iniciaron suaves luego se tornaron rápidas, posesivas e intensas. Tomó el vestido por el bajo y lo fue subiendo lentamente descubriendo así un conjunto en un encaje blanco muy delicado.

Sus caricias cada vez más desesperadas sobre el cuerpo inconsciente le hicieron llegar a un orgasmo rápidamente. Entre los estremecimientos de su cuerpo sintió algo helado sobre la piel, luego un calor húmedo lo recorrió desde la base del cuello dejándose llevar por la gravedad.

Viento lo miraba desde el asiento del acompañante sosteniendo aún el cuchillo que el mismo traía para ella. Todo se tornó negro, perdiendo la conciencia para entregarse a la muerte dejó caer sus brazos pesadamente.

Una hora y media después el mismo automóvil gris se estacionaba dentro de un callejón a unas cuerdas del salón de baile, con las llaves puestas y ambas puertas abiertas la joven que lo conducía descendía de él alejándose a pie por las calles repletas de personas indiferentes.

Un viejo guarda acomodado en la puerta de servicio la miró desconcertado diciéndole apenas entre dientes ___ *"¿Cuándo saliste tú?___, no te vi pasar___". Ella lo miró encogiéndose de hombros y dando por toda respuesta: ___ *"Apenas hace un par de minutos, a fumar un poco"___*. Él le devolvió la misma mirada insensible sin decir nada más.*

Viento llevaba siempre consigo una máscara de indiferencia, el peso de tanto tiempo sin sentir nada la habían convertido en una mujer fría, distante a caricias y piropos de cualquier hombre, solo el baile la hacía feliz.

LIBERACIÓN

Estaba ensangrentada de pies a cabeza, era inevitable después de empuñar un hacha y esgrimirla con tanta furia contra ella. Era la primera

vez que hacía algo, que se defendía a sí misma.

Fue un acto liberador en sí mismo, como si las cadenas que la ataban de pronto cedieran cual mantequilla al sol, apenas sintió el reflejo de la mujer que yacía desmembrada a sus pies.

Como pudo esperar tanto, los insultos, las burlas, las bromas pasadas de tono, el irrespeto a todo lo que ella era, su persona, sus pertenencias, su alma. Ya no había nada más que hacer; Ivana estaba de pie, erguida en mitad de la habitación destrozada, como un huracán que impositivamente había tomado cada adorno, mueble y planta del lugar para convertirlos en añicos.

Ahora estaba inmóvil mientras su mente procesaba uno a uno los hechos de esa mañana decembrina.

Como cada día se levanto al amanecer para tener el desayuno de la señora a tiempo, luego lavó la ropa a mano ya que no le estaba permitido usar algunos de los aparatos que había en la casa, nada que facilitara su vida. Terminado el planchado, siguió con la limpieza de rutina, sacudir, acomodar, desempolvar, abrillantar, pulir una y otra vez hasta que estuviera perfecto y debía estarlo, la ama no permitía que fuera de otro modo. Ivana lo aceptaba pues estaba segura en esa casa, no pasaba frío aunque dormía en el suelo sobre un par de espumas viejas.

Pero ese día algo cambió, la escuchó sin querer y lo supo en un instante, no fue acogida siendo muy pequeña por la magnanimidad de esa mujer, ella fue robada a su familia, separada y encerrada en esa casa. Ella era una esclava.

Mientras la señora trataba con alguien para adquirir una nueva muchacha, Ivana se quedó en silencio justo donde se encontraba, clavada en el piso de madera pulida como si fuese incrustada de forma instantánea.

__“El precio es muy alto, A esa edad no saben hacer nada.”__“Sí pero yo he entrenado a Ivana desde que la traje, ahora vale mucho más de lo que te pagué por ella”__

Ivana se quedó mirando la espalda de la mujer que negociaba por una nueva vida de servidumbre. Atónita apenas comprendía lo que sucedía, pero era una chica despierta a pesar de los años de abuso.

__“¿Te la robaste de la misma casa, es hermana de Ivana entonces?”
__“No lo sé, tengo que pensarlo” __“Bien tráela, pero más te vale que no me dé problemas”__.

La comunicación terminó, antes de que la robusta mujer se diera vuelta, Ivana había vuelto sigilosamente por el pasillo, se quedó en la cocina unos

momentos antes de reaccionar verdaderamente. Entonces algo en su interior se encendió. Como un volcán acumuló cada gramo de fuerza para esperar a que la trajeran; era su hermana, ella la salvaría.

Un par de horas más tarde un hombre de cincuenta y tantos se presentó en la casa con una niñita de cuatro años. Después de hablar con la señora se marchó sin mirar atrás.

La señora llamó a Ivana al salón principal, mirándola a los ojos le dijo que ser trataba de una nueva huérfana, que la enseñara en el quehacer de la casa, ahora ella tendría que cuidarla. Ivana asintió con la cabeza y tomó a la niñita de una mano y la condujo a la habitación que usaba para dormir.

Dejándola encerrada, se dirigió al cuarto de herramientas, donde la señora mantenía diversos tipos de enceres. Olvidada en un rincón estaba el hacha, sin pensarlo dos veces tomó su declaración de libertad con ambas manos, la empuñó sintiendo una corriente eléctrica que la impulso hacia adelante. Su vista no percibía nada más, cuando llegó al salón el monstruo que otrora la manipulara con tal destreza se encontraba sentada leyendo una revista de modas.

Un movimiento, un breve instante en el que Ivana solo la contempló antes de dejarle caer años de dolor, de miedo, de rabia. Todo acabó pronto y fue consciente entonces.

Se dio una ducha rápida después de volver a limpiar la habitación entera; expedita tras años de servidumbre dejó el hacha en su lugar nuevamente debidamente lavada y seca. Buscó entre sus ropas para ponerse otro uniforme, quemó el que había usado, asegurándose de no dejar nada de él.

Todo terminado fue a la recámara de su antigua dueña y tomó todo el dinero que encontró, caminó de nuevo a su cuarto, destrabó la puerta y le tendió la mano a la pequeña que esperaba sollozante en el suelo. Con las llaves en la mano, caminaron a través de la puerta hacia la libertad.

NOCTURNO

La noche pintaba de soledad cada espacio, los arboles se movían en una danza permanente con el viento, parecían amantes gozando del sexo más ardiente y compaginado, como dos almas hechas para vivir juntas como una sola; en ese vaivén una pequeña palomilla nocturna rondaba solitaria buscando algo, buscando a alguien. El camino empedrado marcaba el

paso para quien quisiera seguirlo a través de esa densa oscuridad.

El ruido de unos pasos rompían con la silenciosa música nocturna, un caminante en busca de su presa seguía el camino a altas horas de la noche; sus instintos le gritaban que se acercaba, lo que buscaba se encontraba a escasos metros de él. Un poco más de camino y se encontró con una cabaña a las orillas del pasaje, una luz apenas visible desde adentro dio pistas de lo solitaria que estaba en ese lugar.

Bajando el ritmo de su pisada se acercó, el aroma que provenía de adentro le indicó que estaba allí, que ese era el lugar. El viento y los arboles seguían en sus deseoso baile, él respiró profundo antes de entrar por la abertura apenas cubierta por unos tablones que simulaban una puerta, ella esperaba sentada junto a una lamparilla, envejecida por los años, encanecida su cabeza, pero era ella, sin dudas lo era. Él se plantó en la puerta, aún lucía su esplendida gallardees, su cabello gris, sus ojos cansados pero ávidos y alertas; era un hombre esplendido a pesar de los años y de sus andanzas. Dio un ligero suspiro de alivio, la miró y ambos compartieron una sonrisa que ya no era sonrisa.

___"Lograste volver, por fin llegaste a casa. ___ lo sé, fue un largo viaje, creí que no lo lograría pero aquí estoy"__. Una nueva mirada de tristeza fue compartida desde ambos lados de la pequeña estancia. ___"Los hijos" ___, preguntó él al verla tan sola, ___"Han crecido, ahora cada uno vive su vida" ___, respondió ella, sin más. ___"Es hora ___ Nos esperan" ___, dijo él mientras tomaba la mano que al tacto regresó en el tiempo, los cabellos ya no lucían blanquecinos, destellaban un intenso castaño, los ojos entristecidos eran ahora brillantes y ansiosos. Dos cuerpos jóvenes compartieron un abrazo fuerte, dos almas que esperaban cruzar el camino que los aguardaba.

La palomilla cruzó por la vieja casita en ruinas desde hacía más de cinco años. La mujer que la habitó en soledad había muerto esperando el retorno de su amor, del padre de sus hijos, dicen los lugareños que él espíritu de ella lo aguardaba todavía, para cruzar a la otra vida.

OJOS ENIGMÁTICOS

Tras la mirada de esa morena se escondía algo, Adal lo sabía, no había que ser un genio para decirlo, eran unos ojos en gris azulado que le dejaban sin aliento, profundos, cautivantes y enigmáticos, en una sola palabra mortales.

No podía desviarse de ellos, era como si una fuerza magnética y arrolladora lo atrajera a esa mirada. Poco a poco se dejó seducir por la

vibrante luz que le quemaba la vista y sin darse tiempo a analizar su situación, ya estaba en un cuarto de hotel sujeto a la escasa cintura de esa mujer, su estatura corta y su mal trabajado atuendo de leopardo no le impidieron desearla solo por la mirada, una mirada que lo turbaba hasta el punto de olvidar donde estaba.

La mujer era conocida en esa calle, muchos de sus clientes la buscaban solo por esa mirada, parecía que nadie era capaz de ver más allá de sus ojos y Adal no era diferente, quería estar con la dueña de esa mirada.

El tiempo pasó volado y después de un sexo mediana mente aceptable Adal seguía perdido en la hipnótica mirada de la pequeña mujer, le pagó y se fue seguro de volver a buscarla de nuevo.

Salía del hotel ubicado en una mala zona de la ciudad, caminó de regreso cuando una voz lo llamó desde atrás, él lo ignoró sabiendo que era mejor hacerse el sordo y alejarse antes de caer en manos de algún grupo de rufianes. La voz lo llamó de nuevo, él siguió apresurando su paso, casi llegaba al parqueo cuando dos brazos lo rodearon desde atrás sacándole el aire casi de forma instantánea. Golpes, patadas y más golpes recibió sin ninguna contemplación. Unos brazos fuertes le saqueaban los bolsillos dejándolo a él tirado en la acera del parqueo a escasos metros de su vehículo. Unos minutos más tarde era recogido por una ambulancia y trasladado a un centro médico. Sin cartera y sin nada más de valor encima, apenas recibió un breve chequeo y lo dejaron ir a su casa.

En su mente la mirada de aquella fulana seguía persistente en su cabeza, quería esa mirada de nuevo, obsesionado apenas podía esperar a recuperarse para volver a buscarla, pero no tenía un nombre, un rostro general que perseguir, solo el recuerdo de esos ojos enigmáticos que lo perseguían cada momento del día.

Un par de semanas transcurridas y no podía dejar de soñar esos ojos gris azulados que le taladraban el cerebro con verdadera persistencia; arto de buscar excusas para no ir, montó en su Toyota del año y se dirigió a esa peligrosa zona de la ciudad. Ya estacionado su coche fue a la calle donde estaba la morena paseándose con un tipo de muy mal talante, él se apartó y dejó a la mujer sola para que trabajara, en el hotel pasaron un par de horas teniendo el mismo sexo mediana mente bueno y luego pagó sus servicios, nuevamente hipnotizado por esos ojos no pudo pensar en nada más que volver a encontrarla cuando tuviera tiempo libre en la oficina gerencial del banco más importante del país.

Ahora estaba seguro él estaba enamorado de esos ojos, tenía que tenerlos de cualquier manera; montó guardia algunas noches para verla de lejos, buscando esa mirada fulminante. La siguió, conociendo así donde solía comer y el callejón donde entraba a trabajar cuando el cliente no podía

pagar un cuarto.

Conocía su rutina y se decidió a recogerla esa misma noche, la traería a casa y se quedaría con esa mirada permanente mente, ella aceptaría dársela si él le ofrecía lo suficiente.

Al pasar perdido en su objetivo no miró cuando el tipo que la acompañaba sacaba una pistola y la apuntaba a su cabeza; sin decir palabra jaló el gatillo dejándolo inerte sobre el asiento delantero del vehículo blanco.

Su vista perdida en el rostro de la mujer que tenía esos ojos enigmáticos que él idolatraba.

PAN CON AMARGURA

Los rayos del sol se apagaban ya cuando Dilan despertó bajo el frondoso árbol que era mecido cariñosamente por la brisa helada de la tarde noche; de un salto se levantó y corrió hasta su casa sabiendo que debía estar ahí a tiempo. Empezaba a enfriar aún más con la llegada de la oscuridad a la parte más pobre de la ciudad.

Al llegar su casa era lo mismo de siempre, pleitos, gritos, insultos hasta para los ausentes; la misma jodida situación con sus padres. Él bebía hasta quedarse dormido y Ella salía a recorrer las calles en busca de algún cliente.

Justo a las nueve en punto llegaba su tío, con comida caliente, ropa limpia y cariño, era así como lo llamaba, cariño. Una vez que descontaba con el plato de viandas y colocaba su ropa limpia en su único cajón dejando la sucia en una bolsa para que él se la llevara; entonces empezaba a recibir ese cariño que al principio le sonó extraño y lo hacía sentir incómodo, pero que con el tiempo se convirtió en la única atención que recibía de alguien.

En la vieja cama que estaba siempre bien presentable los besos y las caricias que su tío le daba lo mantenían caliente y lo hacían sentir protegido, amado. Llevaba cerca de ocho años recibiendo ese cariño, pero ya cumplía catorce años de edad y para su tío ese era el momento en que debía alejarse, era el tiempo en que debían seguir sus propios caminos.

Ya no habría un plato de comida ni ropa limpia, y lo peor es que su tío no vendría más a brindarle cariño, Dilan le suplico que no lo dejara, llorando como un niño abandonado le propuso irse con él, pero nada podía hacer, su tío le decía que ya era un chico grande, que podría cuidarse de ahora

en adelante.

Los sollozos de Dilan se calmaron, *“Entonces, déjame darte algo para que nunca me olvides”*; el hombre se quedó un poco extrañado pero asintió esperar, era lo menos que podía hacer por su sobrino favorito.

Unos minutos después regresó Dilan con un paño blanco envolviendo algo, *“Perdón”*, le dijo *“No tuve tiempo de envolverlo”*. Acercándose tanto como pudo, puso el paño cerca de él, desviando la atención del hombre hacía su rostro, le hundió lo que traía envuelto con un solo movimiento de ambas manos.

Una puñalada con el viejo cuchillo de su madre acabaron con los planes de su tío de marcharse, luego acomodó el cuerpo como pudo en la cama y él para no seguir solo se cortó ambas muñecas acostándose a su lado; así nadie más recibiría el cariño de su tío, ese seguiría siendo solo suyo.

PERRO GUARDIÁN

Parte I

UN SUEÑO DE HADAS

Ana estaba serena ese día, se preparaba para ir a correr como cada mañana, era así desde hacía dos años ya, desde aquel día, en que por cosas de la buena fortuna se salvó de milagro. Hoy era libre, libre de ataduras y de cadenas que le doblegaban el alma.

Ella se encontró tomando un café, leyendo un libro de poesía una tarde de esas en que el tiempo y la calma de unas merecidas vacaciones lo permiten; él se acercó con disimulo, auto presentándose con una sonrisa cautivadora, lanzando al tiempo una mirada brillante y penetrante, no notó que el hombre ante ella era un depredador en busca de una presa fácil que destrozar.

Presentaciones y sonrisas condujeron a caminatas e invitaciones al cine y a bailar, la pequeña ciudad era un lugar vibrante en las noches, repleto de turistas y visitantes de fines de semana. La relación casual se intensificó con los días; ya no era un trato ocasional, se había convertido en un noviazgo en forma.

Alan era amable, considerado y muy educado, Ana se sentía en una nube cuando estaba a su lado. Esa pinta de modelo y una actitud de macho todo poderoso capaz acabar con el mundo si ella se lo pedía la tenían por completo deslumbrada. Para el primer mes de noviazgo la petición formal

de matrimonio con un enorme cartel colgando de un establecimiento le demostraban cuan loco de amor se encontraba, no podía pedir más. Entre aplausos de desconocidos y felicitaciones cargadas risas ella dijo sí a un destino imprevisto e inesperado.

La preparación de la boda duró aproximadamente dos meses, lo que ella pidiera, lo tendría. Eran un hombre enamorado con recursos y una mujer enamorada con confianza ciega en él.

Las semanas le parecían eternas, el talle del vestido, los arreglos, el banquete, todo debía salir como Ana lo quería, esa fue la orden expresa de Alan.

En toda invitación, recuerdo o tarjeta resaltaba el monograma en dorado de **AA** entrelazados en un corazón. Ella esta feliz, confiada y cada día más enamorada.

La boda fue un sueño, la carroza que la sostenía pareciera flotar en un firmamento lleno de ilusiones y sueños. El viaje y el regreso fueron tranquilos, el debía volver al trabajo y Ana estaba decidida a dedicarse por completo a su nuevo hogar.

Parte II

LA PESADILLA COMIENZA

Dos días después de instalarse, se levantó temprano para preparar el desayuno a su nuevo marido, le resultó extraño que las ventanas estuvieran totalmente cerradas, las puertas también; una voz autoritaria la hizo girar para encontrarse con una mirada dura y escalofriante, *“de ahora en adelante me pedirás permiso, y no tomarás ninguna decisión, las mujeres no necesitan pensar.”* Un escalofrío la hizo temblar, no entendía quien era el hombre que le hablaba con la voz de Alan, ni por qué de pronto le salía con algo así.

“Alan, ¿Qué te pasa?” fue toda la exclamación que pudo hacer, las manos fuertes que prometieron defenderla, ahora arremetían contra su cuerpo perplejo por la impresión y el desconcierto. Tirada en el suelo todavía podía escuchar las carcajadas de un Alan alejándose para cerrar la puerta con llave tras de él.

Entre el dolor y el llanto logró quedarse dormida, así pasó el día completo hasta la hora de la cena, cuando Alan entraba a la casa otra vez transformado en el hombre con el que se había casado, La levantó en brazos y la llevó a la ducha, después de bañarla cuidadosamente la vistió como a una muñeca de porcelana y la llevó nuevamente en sus brazos a la mesa del comedor allí la recibió con una fina cena comprada en un restaurante de lujo, vino y velas completaban la escena tan opuesta a la

de la mañana.

En su desconcierto Ana no sabía cómo interpretar su comportamiento, francamente ni siquiera le apetecía hablar, menos una cena romántica con él; pero su mirada fría la hizo entrar en cuentas que era mejor obedecerle, no sabía que esperar y le aterraba otra paliza igual.

La conversación de Alan iba desde los pormenores de su trabajo hasta instrucciones para ella; claramente le advirtió que ella debía seguir sus órdenes al pie de la letra, escuchar callada, obedecer en todo y responder solo si él le hablaba. Un dolor intenso se le posiciono en el corazón, apenas empezaba a entender que con él conocería el infierno en la tierra. Los días fueron sucediéndose lentamente, golpizas ocasionales y sexo agresivo le recordaban que estaba allí para servir a su marido; no podía usar el teléfono para pedir ayuda, pues Alan tuvo la precaución de pagar un técnico que conectara la línea con su oficina, estaba totalmente encerrada y a su merced.

Con la mente en calma después de un largo baño decidió que era hora de escapar, aun cuando la casa parecía un fortín bien edificado, se montó un pantalón de correr y unos zapatos cómodos, decidida a encontrar una salida de la casa y huir en cualquier dirección. La suerte no estuvo con ella, después de muchos intentos por salir, descubrió que Alan había hecho fortificar toda ventana y puerta de la casa. Para terminar de completar ese día su marido decidió salir antes para tener un poco de acción anal; notar los raspones en las molduras solo lograron enfurecerlo, lo cual Ana ya había entendido que era muy fácil de lograr.

Después de la paliza ganada y de cumplir con su deber de esposa según Alan le decía cada vez que la dejaba desnuda y amoratada en alguna parte de la casa, Alan la miró de reojo solo para advertirle que sería su último intento de huir. Al día siguiente el no salió a la misma hora a trabajar, hizo un par de llamadas antes de mirar directamente a Ana. Luego esperó una sola llamada telefónica la cual tomó en su móvil, para salir después únicamente a recoger algo que había encargado especialmente para ella. Para su sorpresa, al regresar menos de una hora más tarde Alan descendía de su camioneta con un enorme perro, no sabía mucho de razas pero era obvio que se trataba de esos que solo funcionan para ser guardianes, era un animal enorme de aspecto feroz. Así Alan cumplía su amenaza. Ana se sentía más perdida que nunca.

Parte III

DESCENLACES INESPERADOS

Cada paso que daba era vigilado por el enorme animal, debía cuidarlo y alimentarlo, pero Alan le había advertido que la atacaría sin piedad alguna en caso necesario, solo a él le obedecía. Con los días Ana notó un cambio

en el perro, él no había contado con que se encariñaría con ella tan pronto se convirtió en la única cuidadora que tenía, una palmada en la espalda y una caricia ocasional fueron ablandando su ferocidad.

Unas semanas más tarde la oportunidad se presentó de forma insospechada, en uno de los arranques de violencia que Alan solía tener, trató de apalearla a Ana con su propio cinturón, sin previo aviso el perro guardián que el mismo compró para tener sometida a su presa se le abalanzó encima, yendo directo a su garganta. La muerte de Alan fue dolorosa aunque muy rápida.

Como pudo Ana tomó las llaves dejando el cadáver en el piso y al animal dentro de la casa gruñendo y ladrando desenfrenadamente. Una llamada a la policía y un tiro en la frente terminaron con la vida de Nerón. No podía dejar de llorar, ¿Quién diría que el mismo carcelero la salvara de su torturador?.

Al pasar los días la calma fue llegando, pronto empezó a recobrar la vida que los golpes le habían robado.

POETA

Cada artista tiene sus excentricidades, mientras el maestro hablaba a la clase de literatura, Norman garabateaba sus versos en las páginas gastadas de su libreta. No era un poeta consumado, pero le gustaba pensar que era cuestión de tiempo, su lírica gustaba bastante entre sus conocidos, quienes le pagaban para que rimara algunas líneas para alguna conquista o para rellenar aquella tarjeta que acompañaría el presente comprado al último minuto.

Norman pensaba que su talento solo esperaba una oportunidad para ser conocido.

Ese día igual que otros, Norman empezó con el desayuno ligero que podía pagarse, caminaba los dos kilómetros desde su casa en las afueras de la ciudad hasta la escuela comunitaria donde recibía sus clases e iba a la biblioteca pública para hacer sus trabajos con los libros antiguos que la Señora Poper podía ofrecer. Norman era un buen muchacho.

Cuando salía del edificio público se topó con un hombre desconocido que caminaba distraído admirando la vieja arquitectura contrastante del todo con los modernos letreros de las tiendas a ambos lados de la calle. El hombre apenas lo miró cuando se disculpó y Norman siguió su camino rumbo a la salida del pueblo como era su costumbre. Atrás el hombre levantó la vieja libreta que se quedó tirada sin que su dueño se diera

cuenta.

Era muy tarde para devolverla, ya que a fuerza de caminar a diario Norman había desarrollado un paso muy ligero y seguro. El hombre miró el cuaderno de tapa blanda sin mayor entusiasmo, justo antes de decidir si lo tiraba pensó en ojearlo un poco primero. Para su sorpresa, las poesías apenas compuestas estaban llenas de emociones y sentimientos casi vivos, como si el papel mismo sintiera cada verso en carne propia.

Había encontrado una mina de oro, guardó aquel libro entre sus bolsillos antes de dirigirse de nuevo a la capital.

Dos meses después...

El Poeta Anónimo publicaba su primer libro con un éxito arrollador, los ejemplares se vendían como pan caliente dejándole a la editorial una gran cantidad de ganancias en regalías y ventas.

En el pueblo Norman había desistido de seguir buscando su amada libreta cuando la Señora Poper le mostraba el ejemplar del libro de poemas que tanto había dado de que hablar. Para asombro y dolor de Norman, eran sus poemas los que tanto habían gustado; recordó al hombre desconocido de inmediato.

Apenas pudo convencer a la Señora Poper de prestarle el teléfono llamó a la editorial para reclamar su cuaderno. Con las esperanzas puestas en un mejor futuro, acordó con la persona encargada que iría ese mismo día hacía la editorial, con él llevaría el cuaderno nuevo que empezara para demostrar que era el Poeta Anónimo que todos ovacionaban.

Antes de llegar a la entrada de la ciudad esa misma noche, el autobús choco de frente con un camión de remesas dando como resultado una gran cantidad de heridos de gravedad, entre ellos el mismo Norman.

En el hospital el hombre que publicara sus poemas le visitaba con la esperanza de llegar a un acuerdo económico, pero era cuestión de tiempo para que las heridas de Norman le costaran la vida. Con él último aliento le entregó al desconocido su libreta nueva, esta vez con su nombre bien escrito al frente.

QUERIDA HERMANA

Desde que eran pequeñas las gemelas habían compartido todo, ropa, cuarto, tareas. Eran las hermanas cariñosas que debían ser. Al ir creciendo su suave belleza se acentuó más, cabello castaño hasta la

espalda baja con una caída en cascada, ojos cafés, pestañas gruesas, piel clara muy pareja. Eran jóvenes alegres que parecían actuar como una sola la mayoría del tiempo.

Al cumplir los dieciocho años su fiesta prometía ser una de las mejores del barrio, aunque no eran de una familia pudiente el gusto de hacer una gran celebración por su mayoría de edad había sido planificado por casi dos años, por lo que se había ahorrado lo suficiente para realizar una gran celebración por todo lo alto.

Todo iba bien, comida, bebida, baile todos disfrutaban y ambas hermanas gozaban de lo lindo con la cantidad de muchachos que las asediaban.

En algún momento entre el segundo baile y el primer brindis de la noche Anika desapareció del lugar junto con Johny, el mecánico adolescente de dieciséis años, que trabajaba a tiempo completo para su padre. El era joven, fuerte, casi quince centímetros más alto y fornido debido al trabajo duro y a su buena constitución física.

Casi veinte minutos después Anika apareció recomponiéndose la ropa, mientras Johny se acercaba a un grupo de muchachos con los que había llegado al gran salón donde la fiesta se celebraba. Alanís miró la escena y en segundos comprendió lo que sucedía.

Mientras todos reían y cantaban ella se hundía en una nube oscura de dolor y desesperanza, fue su novio por dos meses y ya se había enredado con la mitad de la población femenina del vecindario de clase media baja. El era muy perseguido, a menudo le decían que debería dedicarse al modelaje, ganaría mucho dinero, pero la cantidad que las mujeres mayores le daban por sus favores silenciosos le parecían suficientes, no era avaricioso.

Alanís sabía de las otras mujeres, de todas ellas, pero lo perdonaba porque ella era su novia, la oficial; su hermana, su querida hermana en cambio era algo que no podía perdonar. Una traición así se debía pagar con sangre.

Johny corrió con su novia y la besó como lo hacía siempre, la abrazó y dejó sobre sus manos un anillo de oro, nada muy costoso, pero lo suficiente para dar de que hablar. Para Anika trajo una cajita blanca con una pulsera de colores, algo para su cuñada.

Todos celebraban, mientras Alanís dominaba su ira contra la hermana que amaba y con la que había compartido tantas cosas, nunca hablaron de dejar a Johny fuera de relación de hermanas.

La fiesta continuaba y poco a poco se encendía conforme la noche avanzaba, el anunciado carnaval llegó justo a la media noche y con

máscaras coloridas salieron a disfrutar de los juegos artificiales.

Cuando nadie miraba Alanís se deslizó hasta su casa, en la cocina, justo en el gabinete bajo el fregadero una pequeña botella de veneno para ratas era guardada para el invierno, cuando las lluvias traían toda clase de plagas que se escondía en el viejo cuarto que usaban para acomodar viejos chunches y toda clase de cosas anticuadas. Corrió de regreso para lograr llegar al último brindis de la noche, nadie se dio cuenta de su ausencia.

Cuando las copas eran servidas ella buscó las que estaban grabadas, escogidas por su madre especialmente para ellas. Vertió un poquito del contenido del frasco en el licor blanco de la copa; lo suficiente para darle una lección.

Cuando el brindis llegó las palabras de su padre orgulloso por sus dos joyas y los besos de su madre arrancaron aplausos sonoros y felicitaciones para las dos jóvenes. En el brindis, Anika bebió de su copa mientras Alanís la observaba, luego Alanís bebió satisfecha esperando la súbita caída de su hermana, pero no sucedió. La fiesta terminó y todos se fueron, Johny también lo hizo.

A la mañana siguiente Anika trataba de despertar a su hermana como cada mañana, pero Alanís no despertaba. Nada podría volver a despertarla.

Anika llamó a sus padres y pronto la habitación se llenó de gente, Johny movía a Alanís llamándola desesperado, no sabía él mismo cuánto la amaba, Anika lloraba su arremetimiento sabiendo que su hermana se quitó la vida después de verla salir de la oficina trasera del salón de baile con Johny atrás.

Con la mirada aturdida de sus padres y el desconcierto de todos en general fue enterrada dos días después de que el forense se llevara el cuerpo.

Suicidio por envenenamiento escribió en el parte médico. Johny se marchó un mes después del lugar, nada era igual para él. Anika cuidó de las cosas de su hermana, nunca permitió que nadie tocara nada de ella.

RETAZOS DE UNA VIDA

Poco a poco recogió en una caja de cartón los pocos trapos que tenía, un par de hojas de papel amarillentas y una vieja foto que ya no se distinguía, eso era todo lo que le quedaba en el mundo desde que salió de

prisión.

Pago una condena de cuarenta años por su crimen, una condena que sirvió como retribución a una sociedad indiferente de sus problemas de entonces. Nada ha cambiado, a nadie le importan sus problemas de ahora, todo es igual que antes para él.

Hace cuarenta años solo era un joven de escasos 17 años, cuando cayó en sus manos con la promesa de un empleo y un lugar donde vivir. Estaba solo en la vida, y no tenía muchas posibilidades de encontrar algo mejor, estaba ilusionado con la idea de que su suerte pudiera mejorar.

Lo recogió en la parada del parque, desde allí lo llevó a su casa donde le dio una habitación pequeña, separada del resto de la vivienda, donde él vivía con su familia, esposa y dos hijos que tenían todo lo que el dinero paga. La propiedad estaba rodeada de un alto muro de tres metros y medio de alto, era amplia y bonita.

Los primeros días su jefe se desvivió en atenciones para él, era un buen hombre que cuidaba de un nuevo hijo. Todo estaba bien hasta ese día, llegó de noche, de improviso, vestido con un pantalón de seda, entró en el pequeño cuarto mientras él dormía, una mano cálida lo despertó, una caricia que no esperaba y que sin duda no había pedido. Despertó asustado y tratando de zafarse de lo que empezaba a tocarlo pero el agarre de sus muñecas no se lo permitió, no se había dado cuenta que estaba firmemente atado, trató de evitar el contacto, de gritar pidiendo ayuda, pero nadie escuchó.

Sin poder evitarlo las manos siguieron con su cometido, tocando su miembro de forma ascendente y descendente, luego una boca que lo besaba mientras sus lágrimas bañaban su rostro, un grito ronco y doloroso salió de su pecho cuando sintió la invasión anal. Nada pudo impedir el ataque, poco más o menos inerte y totalmente desecho se quedó quieto cuando el desgraciado lo liberó por fin.

No quería mirarlo a la cara, sabía quién era por el olor que emanaba, una colonia cara disfrazaba su hedor a podrido. Pudo ver desde su posición una luz en la segunda planta de la casa principal que se apagaba mientras la puerta de ese pedazo de infierno se cerraba.

Largo rato lloró su dolor, su asco, y cuando se hubo calmado notó un viejo pico tirado en un rincón, con algo de óxido y un mango bastante desgastado por los años, pero aún útil para lo que su cabeza empezaba a esbozar. Se levantó de la cama, se montó sus pantalones y un par de tenis, tomó el pico y se encaminó a la casa principal.

La puerta trasera se pudo forzar sin mayor problema, cuando llegó a la cocina atravesando un pequeño corredor vio una luz encendida en una

especie de salita de televisión, oyó las voces del hombre y sus dos hijos comentar lo ocurrido. Sabían, sabían y estaban de acuerdo, planeaban hacerle otra visita; entonces perdió todo lo que de humanidad le quedaba, corriendo con el pico en alto arremetió contra el primer cuerpo, luego contra el segundo, él padre se quedó para el final, arremetió contra él más que ninguno, era lo justo.

La mujer llamó a la policía desesperada, fue cosa de minutos cuando llegaron y a punta de pistola lo hicieron bajar el pico ensangrentado, dos oficiales lo tiraron al piso con mucha violencia, a pesar de que él no opuso resistencia alguna.

Unas semanas después fue sentenciado a cuarenta años de cárcel por el triple homicidio del Diputado y de sus dos hijos.

RETRIBUCIÓN

Una y otra vez repasó en su mente todo lo sucedido, como si fuera la única cosa que tuviera en sus recuerdos, la preparación de la comida, el arreglo de la mesa, la discusión antes de ir al moderno comedor, la llegada de la policía y el juicio.

La sentencia estaba por cumplirse, cinco años de su vida perdidos por una injusticia. Pero esta vez le haría pagar a él, a su madre y su mentira. Un día es todo lo que le quedaba y sería libre. Libre para ir a buscarlos y obligarlos a decir la verdad.

Por si acaso, no mencionó nada a nadie. No quería que la detuvieran, los haría confesar y limpiaría su nombre. Así empezaría de nuevo, un empleo, un departamento, ropa y libros. Sus listas llenaban su mente con la esperanza de recomenzar.

Se durmió soñando con nuevas calles llenas de personas, tiendas y restaurantes abiertos. La mañana la sorprendió con un gélido beso y ella le sonrió con la más radiante expectativa. Prácticamente saltó de su cama cuando la celadora y la alcaldesa vinieron por ella. Una vez afuera no le sorprendió descubrir que no había nadie para esperarla. Con el dinero que ahorró en la prisión pagó el autobús hasta la ciudad.

Llegar hasta la casa de él no fue difícil; salir antes y no ser de interés para nadie la ayudaron a acercarse sin activar las alarmas, las mismas alarmas que ella ayudó a instalar.

Era la hora de la cena, justo como ese día; pero había algo diferente. Una joven mujer y una bebida estaban allí, junto con él y su madre. A ellos si

los reconoció. Entonces algo que creía que ya no poseía se reveló dentro, como si fuera la estocada final, su sangre hirvió hasta el punto de la ebullición. Con cuidado se acercó a la desprotegida cocina, tomo del estante superior el veneno para roedores y lo vertió generosamente sobre la comida. Luego se escondió mientras la nueva señora de la casa servía los platos para todos. Así la atraparon a ella, así la culparon de intento de homicidio. Así la despojaron de todo. Ahora sería real.

Terminada la cena todos se retiraron a la sala de juegos, donde el y su nueva familia esperarían la hora de dormir. Pronto los sonidos de gemidos y llanto llenaron el ambiente saturado de malos recuerdos. En el moisés la bebida gorgoreaba inocente mientras sus padres, y abuela agonizaban.

Una mirada a la cándida criatura y lo supo. Estaba allí para salvarla, como una retribución por el daño que le hicieron. Mientras su ex esposo miraba impotente como levantaba a su niñita y salía del salón ella le sonreía como lo hiciera su ex suegra el día del juicio.

Tomo de la caja fuerte todo el efectivo que había, y salió hacia la oscuridad después de limpiar con sumo cuidado todo lo que hubiera tocado, incluso por accidente. Nada podría vincularla porque ambas estarían lejos en unas horas, ella y su nueva hijita, la que él le prometiera el día que se casaron.

Tomó un autobús hasta otra ciudad, escogida al azar para empezar de nuevo. Compró un atuendo en una tiendita de descuento y paso a una estética para cambiar su apariencia demacrada por una más actual. El cambio la favoreció; ya no era la misma ingenua que cayó en su trampa tan fácilmente. Ahora era una mujer curtida en la prisión, abusada y golpeada hasta que aprendió a ser más astuta, más despiadada y más determinada.

Con su nueva apariencia también pensó que necesitaba un nuevo nombre, una nueva vida requería que todo fuera nuevo, incluso su historia. Mientras en las noticias hablaban del homicidio del empresario y su familia, así como de la desaparición de su hija de cinco meses, ella planeaba como pasaría los próximos años criando a su pequeña Abey. .

Con los años el caso se enfrió como todos los casos en que no hay pistas que seguir. Abey creció llamándola madre y ella logró por fin la vida placida y feliz que él le prometiera tantos años atrás.

SILUETAS

"Durante la noche todo es bruma y misterio, la oscuridad tiende a enmascarar los defectos que la luz del día revela sin misericordia alguna y es durante la noche que las voces apagadas de la realidad se dejan seducir por el silencio confortable de los cómplices del pecado"... Así empezó la lectura de aquel libro que tanto deseaba leer, mientras sus padres discutían en la sala sobre aquella mujer que llamaba y sobre las cuentas de la casa que no cerraban bien.

A pesar de ser la hora en que sus padres más discutían, ella adoraba el tiempo que encerrada en su habitación divagaba sobre ese mundo literario que cada vez se hacía más real en su mente. No había nada fuera de aquella puerta, solo las bellas letras sobre las hojas blancas formando a su alrededor criaturas excepcionales, lugares místicos y aventuras quijotescas que le alentaban a huir de la incómoda realidad que vivía. En ese mundo ella no era desgarbada, torpe o poco femenina, no, ella era elegante y ágil, un enigma para ser descubierto.

Sus padres se callaban y poco después la casa quedaba a oscuras mientras las siluetas nocturnas bailaban gozosas de su nueva libertad. Así ella podía bailar con sus amigas dejando de lado las visitas de su padre a su cama cuando su madre salía con sus amigas y regresaba ebria durante la madrugada.

Las siluetas la llamaban, la invitaban a danzar en el fuego nocturno de las sombras y ella cada vez más seducida se dejaba ir durante la noche hacía ese mundo suyo donde nada podía lastimarla, donde no tenía defectos o miedo. Como un gato bajo las escaleras hacía la cocina, donde sabía se guardaban las velas y los fósforos para las lámparas del jardín. Mientras sus padres dormían en habitaciones separadas, ella dejó las velas encendidas para ver como sus bellas amigas jugaban en las paredes invitándola a seguir.

Giró una y otra vez en la sala alfombrada, bajo y subió de los muebles que le prohibían tocar, levantó su falda hasta los muslos dándole independencia a sus piernas para alcanzar el cielo prometido en sus divagaciones solitarias. Una pequeña brisa en la ventana abierta, hizo que la cortina y la llama se tocaran; fue así que la pasión entre ambas se levantó en llamas envolviéndolo todo rápidamente. Puertas y ventanales quedaron bloqueados por el muro naranja y amarillo, los muebles se re tapizaron con esos colores, las paredes adquirieron una textura fascinante a sus ojos.

Todo su mundo imaginario recién cobraba vida.

El ruido de las sirenas la hizo despertar de su ensoñación, caminó hasta la puerta del sótano y se encerró allí protegida con el viejo catre donde dormía en ocasiones para dejar su cuarto libre a las visitas de sus

familiares; allí se durmió sofocada por el humo negro que la perseguía.

Cuando los bomberos la sacaron estaba cubierta de hollín, su respiración dificultosa y sus ropas desgastadas le ganaron la piedad de los que la miraban. De camino al hospital se sintió liberada por primera vez, ahora su mundo podía ser real, ahora no tendría que esconderse en sus fantasías para seguir cuerda.

UN HOMBRE CRUEL

La media noche marcaba ya el cambio de día en el calendario, todo en la casa estaba en silencio después de lo sucedido. Unas sirenas a lo lejos fueron lo que la despertó del aturdimiento que sentía; ¿cómo había sido capaz?, ¿él lo merecía?, cada pregunta resonaba en su cabeza, cada palabra pronunciada con intención, meditada y planificada con detalle de su parte.

Sin duda sabía cómo embotar cada uno de sus sentidos con su mente privilegiada, con su lengua mágica, con sus comentarios bien estudiados. Dos años de matrimonio que se sentían como una cadena perpetua terminaron de forma violenta e inesperada; no siempre fue así, al principio él era diferente, más cariñoso y más humano.

Nunca entendió porque del cambió, por que dejó de ser aquel hombre maravilloso para convertirse en el tirano que se desangraba en el suelo, con su último aliento le pedía perdón. Ya no había nada que hacer, moría y no podía remediarlo, ya nadie podía.

Sentada en los escalones que llevaban a la planta alta de la modesta vivienda esperaba que sus venas aliviaran su llanto, ella también agonizaba, lo seguiría al fin, eso prometió el día de su boda y ella siempre cumplía su palabra.

Los vecinos se amontonaron en las aceras esperando que las autoridades hicieran su trabajo. Dos cuerpos salían envueltos en plástico la casa que fue testigo del idilio de los primeros meses y del martirio de los dos últimos años se quedaba sola, vacía con sus muebles y sus ropas y cada recuerdo áspero y dulce impregnado en toda ella.

Una mujer al otro lado de la calle llora, ella también lo amaba, lo necesitaba, nunca fue su intención que esto sucediera; cuando le dijo aquella mentira esperaba que él la abandonara y que buscara en ella el consuelo y el olvido. Dos años lo espero con los brazos abiertos solo para

él.

Estaba convencida que al decepcionarse la buscaría, se daría cuenta que solo ella podía amarle. Pero no fue así, con su mentira solo consiguió que el cambiara, que se convirtiera en un hombre cruel que disfrutaba torturando a su mujer hasta el punto de no retorno.

Hoy el desenlace amargo y fulminante, la esposa le había apuñalado al menos doce veces, luego se cortó las venas. La policía recogía los cuerpos y pronto todo terminó, el espectáculo también, dejándola allí con su vista fija en la casa ahora en penumbras.

VIENTO NOCTURNO

Frente a una casa común en un barrio común de clase media, los faros rojos del parking de un Tercel del año esperaban mientras el viento nocturno azotaba cada cosa posible a su camino. Un escalofrío le recorrió el cuerpo pero era normal. Una luz amarillenta señalaba el camino de baldosas oscuras hasta la puerta lateral.

A las diez de la noche era habitual que todo el mundo estuviera ya en sus casas, en un barrio como el suyo donde la mayoría eran empleados de oficina de tiempo completo, casi nadie tenía tiempo suficiente para fraternizar. Él no era distinto, siempre estaba trabajando; las cuentas, la vida, la responsabilidad que tenía ahora que era un hombre casado.

Ese día regresaba una hora más temprano y pensaba aprovecharla con una buena botella de vino y algunos quesos finos. Su esposa siempre se quejaba de su falta de detalles, de iniciativa; ese día estaba dispuesto a hacer un esfuerzo y darle gusto con la sorpresa.

Atravesó la puerta y poco a poco caminó por el recibidor en penumbras, no necesitó encender la luz para saber donde estaban la mesa y el enorme jarrón oriental que decoraba el espacio.

Caminó hasta la cocina sacando una charola y depositando allí los quesos ya pre cortado, un par de copas para el vino y sí..., en el armario superior todavía estaban guardados la vela roja y un tazón con pétalos tratados con perseverante perfumado.

Trabajó en silencio, seguro que ella dormía, en unos minutos le daría a su gruñona mitad algo de la atención romántica que aseguraba no tener.

Subió las escaleras poco a poco con la enorme bandeja entre sus manos para no asustarla, entró en su cuarto y se acercó a la cama donde ambos

descansaban desde hacía un año, se inclinó suavemente y depositó un beso suave en los labios que entreabiertos reposaban silenciosos.

Un grito y un duro golpe, la sangre de su rostro surgió a borbotones, las luces se encendieron antes de la detonación de un arma; cayó todo a su alrededor.

Su pecho ardía, su esposa comprobaba sus latidos en silencio y de pie frente a él mientras los ojos llenos de ira en un hombre desconocido lo clavaban donde estaba tendido. Todo se quedó quieto. El 9-1-1 despachó una ambulancia y dos unidades de la policía pero ya era tarde.

El viento nocturno amainó aunque aún azotaba los árboles del jardín, el cuerpo fue recogido mientras la mujer declaraba como el desconocido entró en la casa y atacó a su esposo mientras ellos se disponían a disfrutar de un rato romántico.

Unos días más tarde la casa fue vendida y la cuenta bancaria tan arduamente amentada fue cerrada.

La viuda era una mujer joven que perdió a su esposo en un terrible acto de violencia.

___Una pena___ dijo el gerente del banco

___ Es una mujer preciosa___